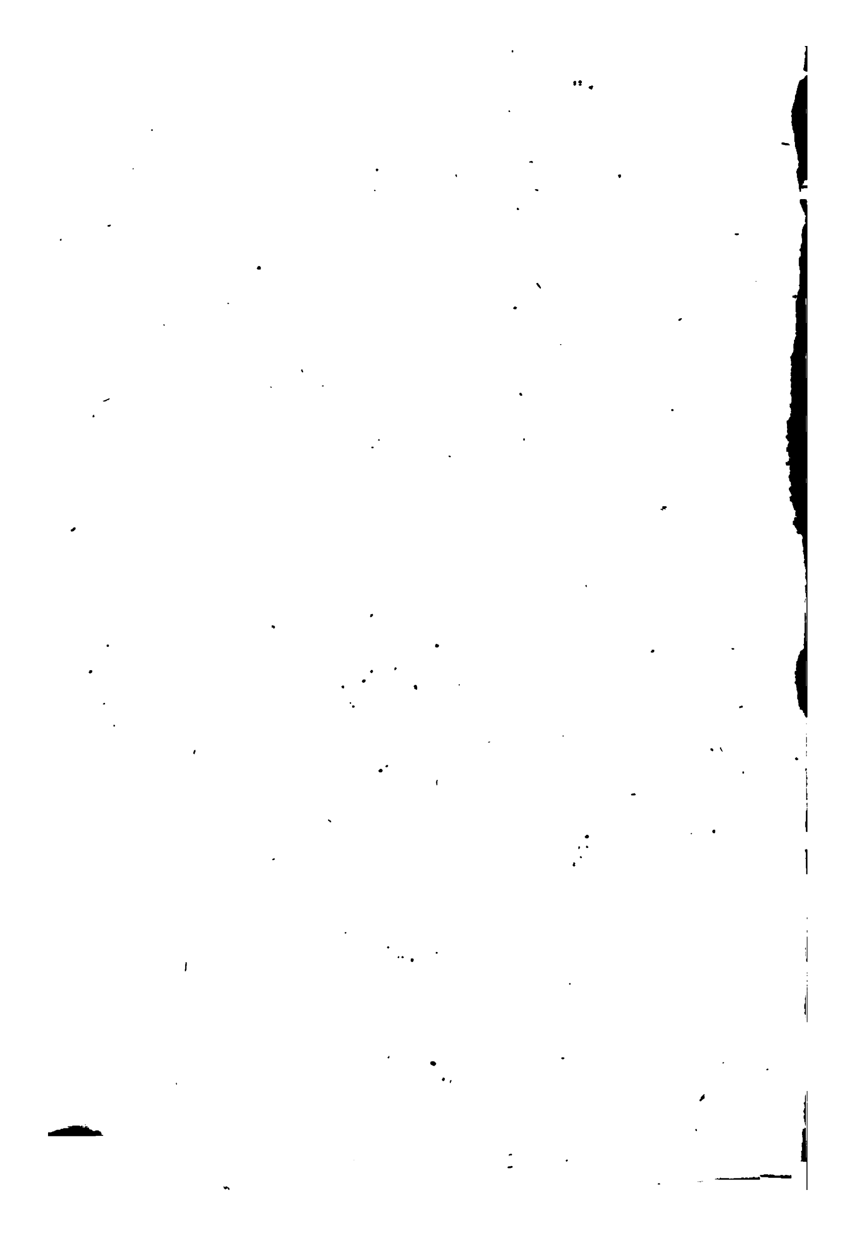




LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.



LAS

COMUNIDADES DE CASTILLA,

POEMA EN SIETE CANTOS,

POR

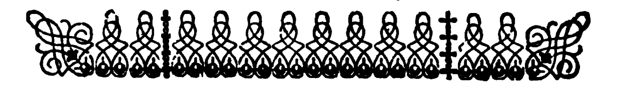
DON FELIPE FERRARI BLANCO.

Res gestæ regumque,
ducumque, et tristia bella.
HORAT.

Málaga: 1856.

La Ilustracion Española, librería,
calle Nueva, núm. 61.

Imprenta de Gil de Montes, *Cinteria, 3.*



CANTO PRIMERO.

Invocacion á la Libertad y á las Musas. Visita de la Libertad á la Independencia su hermana en las montañas de Asturias.

¡Augusta libertad! tu nombre invoco,
tu nombre sacrosanto
que á los viles tiranos causa espanto:
yo soy tu adorador, dame tu aliento,
en mis venas difunde un sacro fuego
que sea mi elemento.
Vivir por tí y morir de hoy mas te juro:
dame un destello del amor ardiente

que á Padilla inspiraste,
tu campeon y mártir juntamente.
Así podré cantar su valor fuerte,
y las pruebas con que le egercitaste,
y tu triunfo en su muerte.
Tu triunfo, sí, seguro aunque lejano,
por mas que tu enemigo el despotismo
quiera sumir en tenebroso abismo
el espíritu humano.

Tambien vosotras, Piérides divinas,
mi vuelo sostened aunque atrevido,
si oso embocar la trompa de Caliope.
Valedme en la ocasion, yo siempre he sido
humilde admirador de los encantos
que prestais á los míseros mortales.
Fortaleced mi voz en estos cantos,
primera empresa mia,
vosotras que inspirásteis protectoras
Á Homero, al Taso y á Lucano un dia.
¡ O grandes nombres! ¡Quien os imitára!
¡Quien tan solo de lejos os siguiera!
¡Quien siquiera una hazaña ya contára
que fama en el parnaso le adquiriera!

Musas, mostradme algun feliz agüero,
á vuestro soberano ausilio acudo:
pues novel caballero
en blanco llevo el campo de mi escudo.
Si yo venciere, vuestra es mi victoria,
la glcria que consiga es vuestra gloria.

En las montañas ásperas de Asturias,
baluarte inaccesible dó Pelayo
la furia sarracena contrastára,
y de donde cual rayo
del alta nube al suelo desprendido
tantas huestes esclavas destrozára:
hay una gruta cóncava y sombría
de verde musgo en torno tapizada,
de horribles precipicios rodeada,
mansion inculta dó en perpetuo anhelo
una diosa reside. Inquieta mira,
repara, observa, escucha, siempre alerta,
siempre azorada está. Su vista incierta
y recelosa estiende á todas partes,
por dó quiera encontrar teme sorpresas.

del aura misma susurrante y vaga
se asusta y desconfía:
su sobresalto es tal, que sin descanso
en centinela pasa noche y dia.
Al mismo tiempo altiva y desdeñosa,
ningun potente Dios, mortal ninguno
domó su corazon. Cubre su frente
virginal acerado y duro casco,
y resguarda su seno aun inocente,
coraza impenetrable. Su calzado
es azul borceguí con broches de oro,
y un cinturon magnífico rodea
su talle torneado.
De pié en su roca con la lanza al lado,
y una corcilla fiel su compañera
que á ella se asemeja
en costumbres y modo de ecsistencia,
¿qué diosa será pues? La Independencia.
Aquí llega volando presurosa
de una tropa de céfiros llevada
la Libertad su hermana:
desciende, y abrazándola le dice;
«¿Es posible que en estas soledades

pases tu vida mísera, infelice,
hermana? Ah! no, muda tu genio
tan propenso al retiro:
surca conmigo el piélago profundo,
vence esa ostinacion en que te miro,
y ven por fin á visitar el mundo.''
«Es en valde tu afan, ella responde,
no lo conseguirás. Yo en otro tiempo
muchas naciones visité remotas,
y en mi fuego encendilas,
mas presto su entusiasmo se entibiára.
Allá en las Termopilas
leónidas un dia al orbe asombro,
inflamado su pecho en amor mio,
al gran rey humilló: su hermosa muerte
concitó en mi favor la Grecia entera,
y al fin en Maraton me ví vengada.
¡O gloriosa jornada!
¡Dia inmortal que en fastos de la historia
conservará á los siglos venideros
y futuras edades
el ínclito renombre de Milciades!''
«Pero de estos cuán pocos, cara hermana,

me dejaron gozar los vanos griegos!
Bien pronto la discordia asoladora
arrojó en medio de ellos su manzana.
Decláranse una guerra destructora
aquellos pueblos que antes coligados
al Asia entera resistir supieron;
y los hijos de aquellos que vencieron
la asiática marina
con tal desproporcion en Salamina,
en Egos Pótamos míranse humillados.
Lacedemonia á Atenas esclaviza,
y el vencedor Lisandro entra triunfante
en mi ciudad amada.
Yo en Tebas refugiéme, y tú, querida,
tambien saliste huyendo;
pero muchos patriotas van siguiendo
mis vencidas banderas, aguardando
ocasion de vengar aquella afrenta!
y salvar á su patria. Uno de aquellos
jóven y emprendedor toma á su cuenta
lanzar al espartano: yo inspiréle
mi entusiasmo, y audaz y denodado
aniquiló las bárbaras cadenas

que oprimieran un tiempo harto llorado
á la infeliz Atenas.
Trasíbulo por fin me restituye
mi imperio y mi ciudad mas estimada.
Pero cuán diferente, cuán mudada
la encontré! El vicio allí, el vil egoismo
el lugar usurpáran de amor pátrio:
hondas raices echa el despotismo,
y para siempre estaba ya estinguido
aquel sagrado fuego que otras veces
ardia sin cesar en mis altares.
El ateniense muelle, veleidoso,
en las artes y el lujo sumergido,
no supo resistir al ambicioso
Macedon fementido
que todo con el oro lo corrompe,
menos al gran Demóstenes, que digno
del otro siglo, impávido resiste
todas las seducciones. De lo alto
de la tribuna truena,
sus discursos enérgicos conmueven
todas las almas, y su voz resuena
para bien de la patria solamente;

pero ya en corazones degradados
un calor escitára efervescente,
un pasagero ardor que presto espira
en Queronea, tumba de mi imperio.
La Grecia allí se mira
vencida por Filipo y sojuzgada:
yo llena de despecho me remonto
al alto Olimpo bien determinada
á no dejar mi celestial asilo
hasta encontrar un pueblo dó mi culto
luzca con esplendor no interrumpido.
De allí á Alejandro vía,
á ese enemigo mio tan odiado,
talar y conquistar el Asia toda,
sin que nacion alguna
contuviese su rápida fortuna:
y á los pueblos seguir á sus tiranos
á conquistar feroces otros pueblos,
y al yugo sugetar á sus hermanos.
Así la esclavitud de mi triunfaba
en toda la ancha tierra:
los reyes en perpetua y cruda guerra
vertian á raudales sangre humana,

y las naciones míseras pagaban
la injusta pena de su furia insana.»
«Ya el imperio romano poderoso
por la Italia sus brazos estendia,
al mundo amenazando con sus hierros.
Una rival tenia
en Cartago no menos opresora,
nada menos altiva y orgullosa.
Estas dos ambiciones
ya sus fuerzas habian ensayado,
ambas se aborrecian crudamente,
ambas solicitaban ocasiones
de poderse arruinar. El mundo atento
una lucha esperaba sanguinaria,
de esterminio una guerra entre rivales
tan implacables. Pero ¿en qué regiones,
dónde se encontrarán? En elementos
apartados., Diversos predominan,
cada cual tiene imperio diferente:
el mar Cartago, Roma el continente.»
«Los penos en España recibidos
como amigos, sus costas visitaron:
mercaderes pacíficos entraron,

y aquellos impostores
sus templos convirtiendo en fortalezas,
se hacen conquistadores.
Largo tiempo oprimieran
el suelo fértil de la hermosa Iberia,
hasta que ya irritados
de su ominoso yugo los hispanos,
alzan el grito contra sus tiranos,
y se dá la señal de la lid fiera.
Sus sublimes esfuerzos aquí empieza
la independencia ibera:
jamas pueblo ninguno la igualára
en constancia, en valor ni en heroismo;
escucha, hermana mia, los prodigios
de su acendrado, puro patriotismo.»

«Ya de Roma era ser fiel aliada
el haber á los penos combatido.
á Roma vil ausilios pide España,
y ¡ ó si no los pidiera!
¿ Peleando morir mejor no fuera,
que mendigar intervencion estraña?
Regocíjase Roma presuntuosa
de haber á su enemiga dado alcance,

y un egército envía;
pero era tarde, la inmortal Sagunto
habia sucumbido. Cruel Aníbal,
sí, tú la destruiste, mas tan solo
te apoderas de ruinas y de muertos.
Dime ¿cuál saguntino
humillado te dobla la rodilla?
Ocho veces la luna en su creciente
resueltos á morir luchar los viera:
del universo entero abandonados
y faltos de sustento,
á sus solos recursos entregados,
nunca un solo momento
dudaron en cumplir su heróico intento.
Y ¿cómo os callaré, nobles mugeres,
ilustres saguntinas?
perecísteis tambien como heroinas,
salvando ilesos vuestro honor y nombre.
La matrona y la vírgen con fiereza
juntas se precipitan en la hoguera,
y eternizando su renombre y fama,
pábulo son de la violenta llama.»

«Las dos, hermana, lágrimas vertemos

al recordar tan lamentable asunto.
Déjame ver... allá en lejanas playas
valencianas.....=Sí, sí, de aquí distingo
Murviedro la moderna.=Ahí fué Sagunto.
¡Salve, muros heróicos! Nunca, nunca
fuí mejor defendida.
Y ¿cual fué tu baldon, Roma inhumana
consintiendo que así quede arruinada
tu mas fiel aliada?
jamas lavar pudiste tal afrenta
hecha á tus armas, á tu nombre y gloria.
Aníbal prosiguiendo su victoria,
hollando vá las cumbres de Pirene.
Roma, tiembla, ay de tí! guarda el Tesino,
pues ya pasó los Alpes y Apenino.
Horrenda lucha á Italia se prepara,
terrible campeon su suelo pisa:
las romanas legiones degolladas
por el airado Peno,
en púrpura convierten
las aguas del infausto Trasimeno.
Aun mayor mortandad les aguardaba
en Canas que hacer célebre se empeñan

con su fatal estrago.
Ya, ya el poder romano se desploma,
ya triunfa de sus águilas Cartago:
una jornada mas, y ya fué Roma.
Pero sus hados prósperos la guardan,
no, no perecerá: Fabio la salva
con su tardar prudente allá en Italia,
y los dos Escipiones en la Iberia.»
«Por una larga serie de laureles
estos dos esforzados capitanes
abatieron la púnica bandera:
mas un instante se detienen solo,
y son perdidos ya: sus enemigos
por toda la península se estienden,
y á los míseros pueblos sacrifican
por la pasada esclavitud. ¡O penos!
Aun seguros no estais, ved el caudillo
que viene á combatiros, conocedle;
aqueste es el romano
destinado á domar vuestra jactancia,
es el gran Escipion el Africano.
De un solo golpe muda la fortuna,
sobre vuestra cerviz el rayo truena,

os persigue terrible y os acosa :
preséntase , y es suya Cartagena.
En un lustro de triunfos continuados
somete á su poder la España toda.
¿Y qué ventaja, pueblos desgraciados ,
os ofreciera el cambio de dominio?
solo os aguarda esclavitud y guerra,
mortandad y esterminio.
Muchas ciudades la obediencia niegan
al vencedor : sus nombres en la historia
conservados serán. Aquella empero
cuya gloria subiera á un alto punto,
es Astapa que noble y animosa
el egemplar renueva de Sagunto.»

«Aquiétase por fin Iberia esclava,
y una paz goza triste y vergonzosa
por infames pretores gobernada.
Estos viles bandidos
la mácsima horrorosa, detestada
establecieron: *¡Ay de los vencidos!*
De una ansia inestinguible devorados,
roban y multiplican sus rapiñas :
leyes y fueros huellan sin decoro ,

nada puede saciar su sed del oro.»
«Bajo de tantos males agobiados,
los íberos por fin rompen los diques,
en las armas confian esforzados
tomar de sus agravios los despiques:
Viriato los conduce y acaudilla.
¡O gran varon! tú mueves tus pendones,
y el romano valor se desvanece,
las legiones enteras
huyen en avistando tus banderas.
Con tu valor tu patria libertáras,
si un puñal asesino
en medio de tus triunfos no viniera
aleve á terminar tu alto destino.»
«Fijemos la atencion, celeste diosa,
en un hecho pasmoso de esta guerra.
¡Numancia! (¡sacro nombre! al pronunciarle
mi corazon palpita acelerado!)
hospitalar refugio habia dado
á varios fugitivos
celtíberos, rebelde es declarada
por haber sido humana.
Cércala con sus huestes numerosas

el consul Quinto Fulvio: ella tan solo
cuenta ocho mil guerreros defensores,
pero sus pechos duros
la defienden mejor que fuertes muros.
Déjame que otra vez en santo arrobo
esa sagrada tierra mire absorta.
Allí cercana á Soria descollaba,
y ya de ella vestigios ni ruinas
ecsisten, mas no importa,
con tal que eterna viva su memoria.
Díficil me sería referirte
las salidas frecuentes y sangrientas,
los asaltos, encuentros y batallas,
las desiguales lides y cruentas
que impávida sostuvo.
Dos egércitos y otro derrotados
á los romanos tal pavor causaron,
que cuando en el senado de ella hablaban,
el «*terror del imperio*» la llamaban.
Así, ó Roma, tu gloria y tu grandeza,
tu insolente arrogancia
queda humillada al frente de Numancia.»
«Por fin llegó su destructor odioso,

y su Dios tutelar remonta el vuelo,
abandonando triste y silencioso
aquel clásico suelo.
Sesenta mil soldados la circundan,
y aun pocos son para tomarla á fuerza:
si de ausiliar al hambre no tuvieran,
nunca en Numancia penetrado hubieran.»
«A duros hierros presentad las manos,
y la erguida cerviz doblad al yugo,
ó mal unidos, míseros hispanos,
pues Numancia acabó: sus hijos fieles
todos; todos murieron
llenos de honor, cubiertos de laureles.»
«Ocho lustros siguieron de letargo,
mas bien que no de paz: civiles bandos,
intestinas querellas despedazan
del mundo á la opresora.
Sertorio ilustre víctima, consigue
su vida libertar de impía muerte
que feroz le amenaza y le persigue
en su patria infeliz; y resentido
de ver en ella la maldad triunfante,
vá y en España, pronto hace partido,

subleva sus ciudades,
á los pueblos convoca, y así dice:»
«¿No veis esos procónsules avaros?
»¿sus horrendas maldades?
»¿á qué pues aguardais para vengaros?
»Ellos vuestro oro y vuestra sangre anhelan,
»y humildes veros á sus pies rendidos,
»del vencedor la ley inecsorable
»venir á recibir envilecidos.
»¡O mengua! ¿Y sois vosotros descendientes
»de los heróicos ínclitos varones
»que en la sangrienta lid su vida dieron,
»y que en pró de la patria perecieron?
»Regad con el sudor de vuestras frentes
»para vuestros tiranos esos campos,
»callad y obedeced, puesto que al cabo
»callar y obedecer debe un esclavo.
»Que yo en enojo y en furor ardiendo,
»con estos pocos compañeros mios
»quiero verter mi sangre combatiendo
»esos monstruos impíos.
»Ya romanos no son, son asesinos,
»ni hay Roma ya, ni libertad, ni patria.»

«Dijo, y el pueblo enfurecido brama,
y armas á su venganza aparejando,
gefe supremo al punto le proclama
del congregado bando.
Pónese en marcha, busca al enemigo,
vele, y le vence: en solas dos bastallas
yace el coloso en tierra derrocado,
y libre es otra vez la madre España.
¡Hombre sublime! ¡A qué eminente grado
de poder y grandeza la elevaste
en tu corta carrera!
Ella rival de Roma pronto fuera,
y la suerte del mundo cambiaría.
Pero no ha de ser libre, y tú tampoco
puedes vivir: el hadò así lo ordena:
tu magnánimo pecho ya atraviesa
el puñal alevoso de Perpena.»

„A la muerte de este héroe se siguen
terribles luchas, dilatadas guerras,
en que por fin la libertad amada
en polvo y ruinas queda sepultada.
Pompeyo y César con rencor furioso
aqui se hacen la guerra encarnizados,

y sus rivalidades ambiciosas
pagólas la península infelice
con sangre y destruccion. Los insensatos
españoles su vida sacrifican,
y ausilio prestan con sus mismos brazos
á su devastacion. ¡Terrible engaño!
¡Indisculpable ceguedad! No vian
que cuando al estrangero defendian
incáutos trabajaban en su daño.
Así fué y solo así como vencieron
al cabo los latinos
tan alto esfuerzo, arrojo y valentía:
uniéranse los íberos, y entonces
España completando sus destinos,
á Roma misma leyes dictaría."

«Pero aquestas montañas escabrosas
del vencedor el yugo no sufrieron
hasta que Augusto el mas afortunado
tirano á su obediencia las reduce
no sin dificultad, pues tenazmente
los cántabros defienden sus peñones,
cual rabiosos leones
que el cazador acosa en sus guaridas."

«Mas en realidad aquesta roca
jamás fué sojuzgada.
Varias familias sálvanse en su cima:
y los conquistadores despreciando
su estéril aperiencia,
penos, fenicios y romanos, todos
la dejan en completa independencia.»
«Cuando mas tarde en ella refugiados
un puñado de godos
á toda la morisma contuvieron,
y cercados de huestes infinitas,
solo á fuerza de hazañas inauditas
sostenerse pudieron:
viendo que ya el peligro los apura,
abandonando mi celeste altura,
dije: «No, no será, que este mi templo
»se vea profanado,
»pues hasta aquí ningun mortal osado
»hollárele jamás buscando esclavos.»
Llego, y miro á Pelayo y sus cristianos
que apenas defenderse ya podian:
en noble ardor su corazon inflamo,
y recorriendo sus escasas filas,

mi santa causa á defender los llamo.
Renace su valor, y peleando
con ardimiento nuevo, saña fiera,
aterran á los moros y los vencen,
quedando estos desiertos
llenos de moribundos y de muertos.
Bien es verdad que yo con un prodigio
el triunfo decidí, pues las saetas
moriscas tan dañinas, tan certeras
con mi divino aliento desviando,
hácia los mismos pechos de los moros
con nueva furia vuélvense silvando.»

»De aquí nació la independencia á España,
y ya tú puedes ver, hermana mia,
si el apego que tengo á esta montaña
es legítimo y justo. Pero dime,
¡ese rumor que hiere mis oidos,
la violenta agitacion que advierto,
del pueblo numeroso los partidos,
¿que anuncian? ¡Ah! sin duda otra segunda
invasion amenaza á este emisferio,
y otro Julian á estraños convidando,
querrá turbar la paz de este mi imperio.»

«No temas, no, que así suceda, hermana,
dijo la libertad, ya pasó el tiempo
en que España ser pudo fácil presa
de algun conquistador. Hoy no es posible
que torrente de bárbaros, la inunde,
ni que ningun traidor la puerta abriendo,
pueda su ruina preparar. Si acaso
entonces hubo pérfidos Julianes
que odiosos á su patria deshonraron,
hoy por su dicha sobran los Guzmanes.
Mas bien es de temer que prescindiendo
de aquella sensatez, tino y cordura
de los pueblos hispanos sacros dones,
se quieran señalar introduciendo
en agenas regiones
la guerra asoladora y la amargura.»
«Su actual monarca es jóven é imprudente,
en Europa cual nadie poderoso:
un reino le dejaron sus abuelos
en hombres y recursos escedente.
Nada será que de ambicion llevado
emprenda espediciones, guerras mueva,
y si le es la fortuna complaciente,

el mundo entero atónito conmueva.»
«El español nacido en las batallas
y á civiles contiendas avezado,
por ocho siglos el acero esgrime,
y con terca porfía
del yugo moro la cerviz redime.
Ya no hallando enemigos interiores,
y su sangre bullendo,
anhelando peligros y combates,
solo piensa en las armas: el estruendo
del cañon pavoroso es su delicia,
sediento está de sitios, campamentos
y asaltos. Aguarda solo un gefe
que á la lid le dirija,
y su impetuosa valentia rija.»
«Con tales hombres ¿que emprender no puede
el poderoso Cárlos si es guerrero?
el que reune en sus augustas sienes
la corona del Austria y la de España,
y á cuyos pies se humillan,
haciendo ostentacion de sus blasones,
el águila imperial y los leones.»
«Sí, la era de gloria es ya llegada,

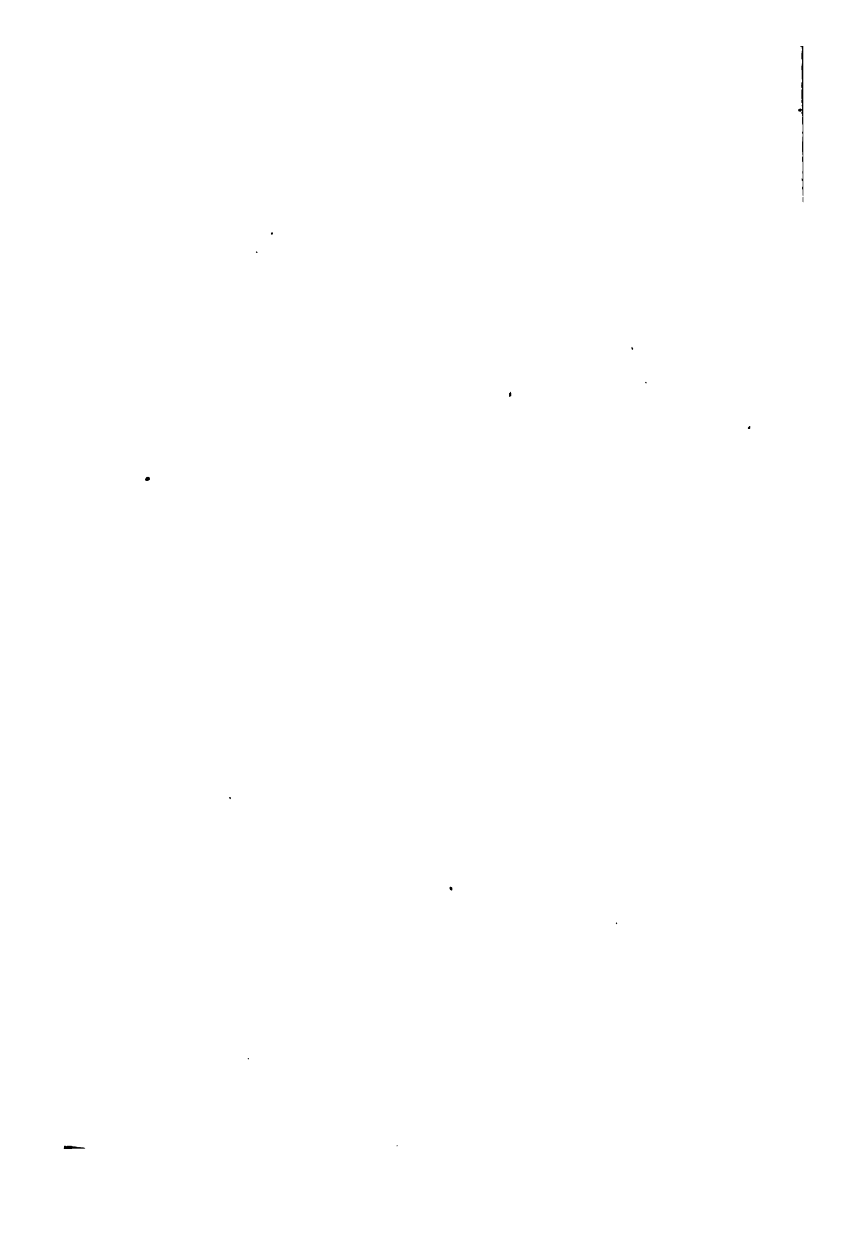
no lo dudo. Cansaos de laureles,
valerosos hispanos,
y palmas recoged á manos llenas.
Con las armas la ley dareis al mundo.
y artes y ciencias juntas cultivando,
sereis la norma del saber humano.
Y las demas naciones á porfía
atónitas al ver tanta grandeza,
á aprender llegarán en vuestra escuela
ciencia, valor, cultura y cortesía.»
«Pero sin libertad, no, no es posible
que tal gloria alcanceis. Ya por Padilla
mi pendon veo alzado,
y mi divino nombre proclamado
en toda la Castilla.
«Libertad» clama el Tajo magestuoso;
el Ebro «libertad» prorumpe ufano,
y el Duero caudaloso
y el Pisuerga pacífico repiten:
«libertad para el suelo castellano.»
Ya millares de brazos se levantan
á sostener mi causa decididos.
No desmayeis, valientes adalides,

el entusiasmo cunda,
y por toda la España se difunda
desde Pirene hasta el canal de Alcides.
Si todos os unís, el triunfo es vuestro,
que nunca sin union vencer se pudo.
Temed la division: ella fué causa
de que su imperio el moro prolongase
por siglos dilatados
entre los españoles en querellas
y civiles contiendas descuidados.
Fuerza es decirlo: si los mismos moros
dispersos, desunidos no estuvieran,
nunca el cristiano conquistado habria
el suelo que perdieran sus abuelos,
y la restauracion hoy no seria.»

«Pues bien, escarmentad, y la divisa
de los buenos, union, libertad sea,
cual el pendon lo anuncia de Padilla
que en sus manos ondea.
De su rey enemigo nunca ha sido,
ni lo es, ni lo será: se arma tan solo
por defender del pueblo los derechos,
y contrastar la horrible tiranía

que siempre odiaron los hispanos pechos.
Se arma por derribar ese coloso
que apenas ha nacido es ya monstruoso,
que ha sacudido el freno de las leyes,
y que de religion bajo pretesto,
su influjo estiende pérfido y funesto
aun hasta el mismo trono de los reyes.
¿Tan noble causa no triunfar pudiera?
¡ah! no lo dudo, mi victoria es cierta
si comienza la lid. Al arma, libres;
vuestros hogares, vuestros caros hijos,
las esposas, amigos y parientes
con teson defended y á vuestro gefe
que es de sus enemigos tan temido.
¡Ay de la España, si él queda vencido....!

FIN DEL PRIMER CANTO.



CANTO SEGUNDO.



CANTO SEGUNDO.

Cortes de Ávila. Discurso de apertura pronunciado por Padilla.

En Avila la ilustre se reunen
de toda la Castilla diputados
á la voz de Padilla convocados,
despues que sosegados los disturbios
y de la multitud el furor ciego,
la calma renació. Llegó el gran dia
en que en un sitio juntos dictar puedan
y discutir con libertad las leyes:

sagrado fuero antiguo y respetable,
el cual ninguno tirano
osó atacar con atrevida mano.
Padilla gefe del poder supremo
con general aclamacion, se apresta
á celebrar la augusta ceremonia
y las córtes abrir, en que se cifra
del español la gloria y la ventura.
Un inmenso gentío ya ocupaba
calles y plazas con alegre rostro.
Las campanas á vuelo volteando,
avisan que es llegado ya el momento;
y el sordo estruendo de la artillería
con salvas repetidas
de una en otra hora continuadas,
saluda en tan dichoso fausto dia
las libertades antes ya perdidas,
y á la sazon por dicha restauradas.

Preséntase Padilla, y los aplausos
y vivas incesantes le acompañan:
con unánimes voces le apellidan
héroe de la nacion, padre del pueblo,
del déspota terror. La muchedumbre

rodéale obsequiosa y le bendice,
y sus altas virtudes pregonando,
loor eterno y gloria le predice.
Salve mil veces, imperial Toledo,
tú que le diste el ser. Los siglos pasan,
y en raudo giro se desliza el tiempo;
pero tus timbres siempre permanecen,
y permanecerán mientras aliente
tan solo un español, y mientra el Tajo
hacia el mar lusitano
mal su grado dirija su corriente.
Por fin llega al recinto venerable
dó la nacion en córtes reunida
le aguarda: sube, y ocupando al punto
su honorífico puesto, estas razones
con voz serena dice á la asamblea:
«Es bien sabido, ilustres diputados,
que solamente el rey goza el derecho
de convocaros; pero en circunstancias
tan críticas, estando rodeados
de ennmigos domésticos furiosos
que con rabia sacrílega conspiran
contra el pueblo indefenso,

y que en su loca presuncion deliran
aniquilar los imprescriptos fueros
á costa habidos de trabajo inmenso:
estando el rey ausente, en su real nombre
y con poder del pueblo yo os convoco,
sabios procuradores,
á que leyes dicteis justas que puedan
contener de los males el torrente,
atajar la anarquía,
anonadar la inícua tiranía,
y un remedio poner pronto y urgente
á tanto abuso que la suerte airada
vibró sobre esta patria desdichada.
Unid al pueblo al rededor del trono
con sumision, y no con servidumbre;
y enseñad á los reyes
acaso sin maldad alucinados,
que del régio poder en la alta cumbre,
y siendo superiores á las leyes,
no han de estar de las leyes olvidados.»

«Un tribunal feroz y sanguinario
del último reinado don aciago,
su horrenda faz descuella,

y todos los poderes del estado
amenaza tragarse. Bajo el velo
de defender la religion sagrada,
intenta dominar y enriquecerse,
y ya en parte sus miras ha logrado.
Innumerables víctimas sin cuento
sacrifica su horrible intolerancia.
«Son, dice, hereges que del alto cielo
»nos atraen la cólera, y es fuerza
»su raza esterminar: en este suelo
»tan católico, puro y ortodoxo
»no merecen vivir. Que se conviertan;
»y sino entre tormentos rigorosos,
»y cual inícuos réprobos malvados
»á lágrimas y fuego condenados,
»morirán en suplicios afrentosos.
»Y todas sus riquezas y caudales
»destinados á objetos tan profanos,
»vengan á nuestras manos
»para esplendor del culto sacrosanto.»
«Así el mónstruo infernal habla y se esplica
y esparciendo el espanto,
ni aun el sagrado asilo inviolable

del doméstico muro ya respeta
su bárbara crueldad inecsorable.
¡O sabios! estirpad esa zizaña,
ese cáncer voraz que agostaría
los frutos de verdor y lozanía
que esta generacion promete á España.
En cuanto á mí, ó bien soldado ó gefe,
ó solo, ó de los mios ayudado,
derrocarle ó morir, padres conscriptos,
hace tiempo que tengo ya jurado.
Aquí á la faz de la nacion entera
á daros cuenta y resignar mi mando
vengo, si es necesario, y someterme
á vuestro tribunal: juzgadme, ó padres.
Una relacion franca voy á haceros
de todo lo ocurrido: estadme atentos,
que yo en breves razones
los sucesos diré; porque se juzguen
por ellos mi conducta y mis acciones.»

«Bien sabeis que por muerte de Felipe
en tan temprana edad arrebatado,
su hijo Cárlos primero de este nombre
á reinar en España fué llamado;

y Navarra, Aragon y la Castilla
alzan pendones todas proclamando
al nieto de Isabel y de Fernando.
El en tanto en la Flandes nebulosa
su patria con aplauso gobernaba.
Vuela á España, los pueblos le reciben
con júbilo inefable, y se deleitan
contemplando á su jóven soberano.
»Este, padre será del pueblo, dicen,
»jamas tanta dulzura unirse pudo
»á tanta magestad en el semblante.
»Ella nos pronostica, no hay dudarlo,
»que por fin es llegado ya el instante
»de paz, prosperidad, salud; ventura
»á esta patria infeliz.» Pero ¡ah! señores,
¿Cómo lo ocultaré? Fuerza es decirlo;
Cárlos ha cometido mil errores
desque en España entró. Sus favoritos
los flamencos le cercan orgullosos
de verse preferidos: él sus gracias
entre ellos distribuye placentero,
y al español posterga, que abatido
contempla al estrangero

los puestos ocupar que no ha debido.
Por fin árbitros son de los empleos,
y los venden al precio vil del oro;
no al mérito se dan, quien mas ofrece,
segun su infame ley, mas los merece.
Cuan gran desórden este torpe abuso
al reino ocasionó, bien lo sabemos;
todo es ya confusion, cábala, intriga.
Los bátavos tesoros acumulan
á costa y en perjuicio del erario,
y sin ningun pudor fuera de España
se llevan el precioso numerario.»

«Muere Macsimiliano, y la Alemania
la corona imperial ofrece á Cárlos.
Su brillo le deslumbra, y á nosotros
olvidando, dejarnos determina
por otros nuevos súbditos. De prisa
las córtes de Leon y de Castilla
en Galicia convoca. ¡O desafuero!
Llenos de rabia todos se preguntan:
»¿Quién de este modo los antiguos usos
»desprecia temerario?
«El que obra así, de déspota el renombre

»merece con razon: los diputados
»no deben, no, salir de su provincia.»
«Tambien se queja el clero venorable,
pues Cárlos despreciándole, nombrara
para ocupar la mitra de Toledo
á un flamenco, que tierno adolescente,
ni aun la edad competente
para tan grave cargo reunia,
y su mérito solo consistia
en ser de Adriano prócsimo pariente.»
«Este de Carlos es el gran privado,
su preceptor ha sido:
y ora su ilustre alumno agradecido
sus penosas tareas recompensa,
dándole la regencia de estos reinos,
del orgullo español con grave ofensa.
Pues qué ¿para premiar al favorito
el honor nacional ajarse debe?
¿Cárlos un español no hubiera hallado
que con prudente mano
las riendas empuñára del estado,
y mejor le rigiera que ese Adriano
astuto, avaro, pérfido, intrigante,

que no hay fuero ni ley que no quebran
Yo os le denuncio por traidor al trono,
á su rey desleal, al pueblo odioso:
con sus infames, pérfidos manejos
altera el órden, turba la armonía,
al príncipe pervierten sus consejos,
le oculta la verdad, y del engaño
rodeándole audaz y fementido,
es el solo fautor de nuestro daño.»
«Mas ¡ó fatalidad! ¡Cuan peligrosa
la situacion de un rey, cuan deleznable
su misma autoridad es, si un privado
de la nacion odiado
usurpa su poder, y en su real nombre
tiraniza á los pueblos! Las ciudades
quieren patentizar á Cárlos ciego
su culpable ilusion, el descontento
general que en sí mismo concentrado
cada dia se aumenta,
y pronto amaga una esplosion violenta.»
«Piden audiencia al rey los diputados,
y ¡caso singular! son despedidos:
á sus clamores cierra los oidos

el padre de los pueblos, quien debiera
sus cargas aliviar, quien... mas conviene
sus yerros encubrir. La real persona
es por sí inviolable, y yo no quiero
ejemplos imitando perniciosos,
que crean las naciones
que cual rebeldes súbditos facciosos
aquí nos reunimos con intento
de despojarla de su régio asiento.
No, que reine; mas pronto de su lado
arroje á ese valido
cuyo nombre en España ya por siempre
será universalmente aborrecido.
Dese al gobierno nueva planta y forma,
su antigua inmunidad gocen las córtes.
Tambien el clero sufra una réforma:
arréglese la hacienda,
y hasta el nombre se borre si es posible
de esa feroz inquisicion horrenda.»
«Esto los diputados al monarca
iban á demandar; su negativa
sumerge en llanto y mustio abatimiento
á toda la nacion. Mas su respeto,

su amor cordial, antiguo, hereditario
á sus reyes, los ímpetus contiene
de su profunda indignacion. Devora
su dolor, y callando se somete
de un rey injusto al arbitrario fallo.»
«El los preparativos acelera
del viage á Alemania tan funesto,
fuente de tanto mal. El rumor corre
entre la plebe, y crece y se acredita
de que el rey á su madre doña Juana,
princesa de virtudes eminentes,
consigo vá á llevar. El volcan hierve,
y rebienta por fin.» «Viva, dijeran
»los valisoletanos,
»nuestro engañado rey, y esos tiranos,
»esos malvados estrangeros mueran.»
«¡Cuán terrible es la cólera de un pueblo,
si los diques rompió del sufrimiento,
y que por injusticias irritado,
ciego, furioso, cruel y despiadado
tan solo de venganza está sediento!
Si Adriano y sus prosélitos no huyeran
al punto temorosos del tumulto,

del furor popular víctimas fueran.
Huyen por fin, y aquel viaje aciago
el monarca prosigue,
y llega sin tardar hasta Santiago.»
«Dan principio las córtes, mas en vano
Cárlos pide subsidios: se los niegan
con teson invencible las ciudades
de dispendios inútiles quejosas
y onerosos al reino. No esperaba
él tal oposicion: de ella admirado,
creyendo su poder comprometido,
y debiendo tomar algun partido,
se resuelve por fin, y desterrado
despide á Pedro Laso el toledano
que á su patria y la mia representa,
y que aquí entre vosotros hoy se sienta.»
«El de fuego patriótico animado,
á Cárlos con intrépida firmeza
el severo lenguage
habló de la verdad, y pudo hacerlo:
era un procurador. Pero ¡que ultrage
á la naciou ansiosa espectadora
es desterrarle! ¿Qué seguridades

los concejos tendrán de sus derechos?
¿Quién los defenderá, si ya no pueden
hablar sus diputados?
Murió la libertad, quedan hollados
todos los fueros, triunfa el despotismo,
el estado á su ruina se adelanta,
vacila el trono, y en confusion tanta,
¿que será de la España infortunada
á vil oprobio y llanto condenada?»

«En Toledo produjo esta noticia
una revolucion. Sin freno el pueblo
por la ciudad furioso se derrama,
y á muchos mandatarios sacrifica
á su resentimiento. ¡ Aciagos dias !
¡ Dias de horror, de crímen y maldades!
¿Quién las escusará? No yo por cierto.
Bien conozco del pueblo los derechos;
mas él en sus afectos estremado
límites desconoce, y se dirige
tan solo por impulsos violentos
al bien ó al mal: su cólera terrible,
así como su amor es sin medida.
Pero ¿por qué con poco miramiento

un gobierno despótico, inflecsible
trata así de apurar su sufrimiento?»
«Yo en mi hogar retirado me entregaba
á tristes, melancólicas ideas,
mil destrozos previendo. Entra mi esposa
de punta en blanco armada cual guerrero,
y mi inaccion apática reprende.
«¿Como es, me dice, que tu patrio fuego
»ahora no se enciende?
»¿que haces, cuitado esposo? Vamos luego,
»con el tajante acero arma tu diestra,
»monta un bridon, y vuela á la palestra.
»Está echada la suerte: no es posible
»dejar de proseguir, ni atrás volverse.
»¿Esperas á que triunfen los tiranos,
»y muramos sin gloria, y que arrastrados
»por cobardes traidores,
«bienes, honor y libertad y vida
»nos quiten como á viles malhechores?»
»O dulce esposa, no me reconvengas,
la respondí: bien sabes estoy pronto
misangre toda á derramar gustoso
por la causa del pueblo y de las leyes;

mas no puedo aprobar esos horrores,
esos asesinatos.» «¿Y que importa,
»ella añadió, que algun poco de sangre
»impura y despreciable
»los laureles salpique inmarcesibles
»que consiguió Toledo? ¿Ni quien pudo
»la rabia ciega y el furor sañudo
»de un pueblo contener, si está ofendido,
»por mas justo que sea y mas sufrido?
»Deja vanos escrúpulos, al arma,
»á morir ó vencer juntos volemos:
»pues la patria peligra, á libertarla
»denodados marchemos.»

«Aun hablaba mi esposa, cuando siento
un confuso tropel que se acercaba
hacia mi habitacion: resuena el viento
con estruendo de voces duplicadas,
y entre la gritería estas razones
hieren mi oido: «Muéstrese Padilla.»
Al punto me presento en los balcones
con faz serena, alegre continente,
y la tranquilidad de una conciencia

que está de todo crímen inocente.
«¿Qué me quereis?» les dije: calma un tanto
la efervescencia, cesan los clamores,
todo en silencio queda.
Toma entonces Meneses la palabra
del consistorio síndico, y me dice:
«Vengo á notificaros el acuerdo
»de la corporacion que aquí me envia.
«El cabildo os elige por caudillo,
»en vuestro patriotismo confiando
»la salud de la patria. Ya es forzoso
»tomar las armas, declarar la guerra,
»y de un peligro prócsimo, espantoso
»libertar esta tierra.
«Cárlos no está en España, y en su nombre
»dicta la ley Adriano; mas nosotros
»no podemos sufrir á ese estrangero
»despótico y cruel. Orden ha dado
»á las tropas que guardan el alcázar,
»si á su gobierno no nos sometemos,
»de pasarnos al filo de la espada,
»y dejar á Toledo hoy arruinada.
«Solo vuestro valor en tal conflicto

«y vuestra prevision salvarnos puede.
«El pueblo quiso que en presencia suya
«me dieseis la respuesta: resolveos.
«¿Aceptais?» Yo confieso que un corage,
un estraño furor arde en mi pecho,
en ruinas á mi patria imaginando.
El toledano acero desenvaino,
y arrojando el tahalí; «gustoso acepto
«el honor, dije, de salvar mi patria,
«ó por ella morir. ¡O toledanos!
«¡O amados compatriotas! Este instante
«Pagaría mil siglos de virtudes.
«Ya de entusiasmo transportado veo
«á nuestras armas fácil la victoria.
«Tiempo es ya de aterrar á los tiranos,
«y esterminar su nombre: su amenaza
«con nuestra ecsecracion caiga sobre ellos,
«odio inmortal á su maldita raza.»

«Todos me siguen en buen órden puestos:
llego á la catedral, y al punto mando
que se toque á rebato. El pueblo en masa
calles y plazas acudió llenando:
los formo en compañías velozmente,

señalando su gefe á cada una,
y á tomar el alcázar me encamino.
Los que le defendian no eran muchos,
pero bien pertrechados, y pudieran
contrarestar briosos
á triplicadas fuerzas resguardados
por sus altas murallas y hondos fosos.''

«Doy la señal de acometer, y al punto
cual rabiosos lebreles impacientes
por devorar su presa, se atropellan,
y embisten con valor los toledanos.
Con sus bocas de fuego los sitiados
serenos los reciben, y les causan
mortandad lastimosa: se rehacen,
y vuelven al ataque porfiados,
mas por segunda vez son rechazados.»

«Viendo esto, me enardezco; y previniendo
gran número de escalas, me dirijo
hácia el parage donde ya los nuestros
con troncos y faginas
el camino allanáran. A los muros
me acerco, y arrimando las escalas,
subo ligero de mi saña en alas.

No me jacto de haber sido el primero,
pues era mi deber como caudillo:
y si así no lo hiciera,
del soldado perdido el ardimiento,
dueño del fuerte alcázar nunca fuera.»
«Yo y los que me siguieron resistimos
en lo alto del muro peleando,
á los realistas que cobardes huyen.
Al punto lás escalas revolviendo
hácia dentro, en el fuerte penetramos.
Bravo se adelantó, y él fué el primero
que puso en tierra el pié. Yo la bandera
de la patria triunfante enarbolando,
convido á los demás, que en larga hilera
hasta dentro del fuerte van entrando.
Por fin no hay enemigos, todos huyen,
y á los que no el acero los alcanza,
y ya mi autoridad solo se emplea
en contener del pueblo la venganza.»
«De los contrarios muchos perecieron;
mas ¡qué dolor! ¡cuál fué nuestra amargura
al ver doscientas víctimas tendidas,
que porla santa causa de la patria

y de la libertad dieron las vidas!
Uno llora al hermano, otra al esposo,
cual á su tierno padre transformado
en cadáver sangriento y espantoso.
Todos amargas lágrimas vertiendo,
vengar juramos su inocente sangre,
ó como ellos morir. En este día
perdí varios amigos y parientes,
y sellé con mi sangre el juramento,
pues una herida en el siniestro brazo
recibí en el asalto. Cuando dueño
me ví de la ciudad y del alcázar,
el cabildo reuno y los notables,
y esta declaracion firmamos todos.
«Juan Padilla y el pueblo toledano
«reconocen á Carlos, mas no pueden
«á Adriano obedecer, y le declaran
«indigno de mandar: su despotismo
«por fin los obligó á tomar las armas
«en el primer ensayo vencedoras,
«y no las depondrán, si no consiguen
«gobierno popular, libertad, córtes,
«y de contribuciones arbitrarias

«una entera ecsencion.» Al punto envio
de Castilla y Leon á las ciudades
mensageros que anuncien estas nuevas.
Y cual pírico leño que encendido
en un punto al momento resplandece
el incendio á otros mil comunicando,
tal en la ancha Castilla se propaga
la insurreccion: los pueblos aniquilan
el poder absoluto, y establecen
el federal. De todas las ciudades
vienen comisionados á ofrecerme
su rendimiento, y parabienes darme
por tan feliz auspicio, protestando
que las provincias todas están prontas
á hacer causa comun. A mí por gefe
me reconocen, y á enviar se obligan
cuerpos de tropas á su costa armadas
que la liga defiendan. De aquí origen
traen las hermandades de Castilla
y confederacion de comuneros,
á cuyo esfuerzo nacerá brillante
con juventud lozana
la verdadera libertad hispana.»

«Segovia pide ausilio, pues el duro
implacable Ronquillo, contra el pueblo
despiadado y feroz, con mil ginetes
la cerca y amenaza. Presuroso
con algunos peones escogidos
en su socorro marcho, y sorprendidos
ellos con mi llegada,
ni aciertan á lidiar, ni huir procuran.
Los mios con la pica y con la espada
sobre ellos cargan, y con ágil ímpetu
rompen sus mal formados escuadrones.
Huyen por fin, en mi poder dejando
Ronquillo sus pendones,
su caja militar y sus pertrechos.
Así los planes que el cruel regente
formára en su furor, vense deshechos.''

«Pero ¿qué me detengo en pormenores,
vuestra atencion cansando, si los actos
que relato son públicos, notorios?
Si algunos triunfo conseguí, los debo
al ardor de mi tropa, á la fortuna,
mas que no á mi pericia. En poco tiempo
purgué de realistas la Castilla

que libre al fin respira.
Mi esposa infatigable me acompaña,
y parte mis peligros. Por dó quiera
que el soldado desmaya, al punto acude,
con dulce persuasion le reanima,
y le vuelve á la lid: su osado arrojo
que moderar ni contener consigo,
la victoria segura con que cuenta
mas de una vez arranca al enemigo.»
Burgos era el asilo del tirano,
de ese contrario nuestro encarnizado,
de Adriano que viviendo disfrazado,
burló nuestras pesquisas. Yo impaciente
por convocar las córtes, retrocedo
á esta ciudad. Ya es tiempo, senadores,
de que cese el estruendo de las armas,
y hable por fin la ley; tiempo es que Témis
su espada justiciera manejando,
el desórden ahuyente, y establezca
su imperio irresistible. Yo con gusto
la dictadnra abdico; y si la patria
mi brazo necesita cual soldado
ó como general, servirla quiero,

y ser hasta morir fiel comunero.»
Cesó de hablar Padilla, y el concurso
lleno de admiracion le contemplaba.
No pueden comprender como aquel hombre
árbitro del poder y la victoria,
la autoridad renuncia, y en las aras
consagra de la patria hasta su gloria.
¡O amor de patria dulce y generoso!
¡sublime sentimiento! Tú tan solo
sabrías producir tales portentos.
¡O cuán pequeño es César comparado
al héroe castellano!
No siempre el vicio triunfa entre los hombres:
¡ó virtud! no eres pues un nombre vano.
Unánime decreta la asamblea:
que Padilla era digno de alabanza
en todas sus acciones: que su arrojo,
valor y lealtad tan apreciables
salvaron á la patria: que merece
la universal aceptacion su mando:
que por esto en el grado le confirman
de gefe de la liga pía y santa
hasta hacerla triunfar, y que el gobierno,

se afirme y consolide, que al instante
vaya á presencia de la reina viuda
á poner en sus manos la regencia
hasta que vuelva el rey. «Víctima ilustre
esta princesa de su amor ardiente,
vivia en Tordesillas retirada
desde la muerte de su regio esposo.
El siempre indiferente despreciára
tanta pasion, y frio y desdeñoso
con insultos pagó tan fiel cariño.
Apenas se casó, dejó á su esposa
en llanto y amargura sumergida,
viendo su desamor. Despues á España
volvió por ambicion, cuando la muerte
de la reina Isabel y fué elegido
regente de Castilla hasta que Cárlos
su primer hijo á ser mayor llegase.
A Juana que de amor solo vivia,
con dureza inhumana trata fiero.
En estrecha prision manda encerrarla,
y ella ¡infeliz! besaba sus cadenas,
y contenta sufria,
pues eran por Felipe aquellas penas.

Por fin murió el ingrato: ella queriendo
mas allá de la tumba aun adorarle,
embalsama su cuerpo y se dirige
con su preciosa carga á Tordesillas,
al mundo para siempre renunciando.
Allá pues se encamina el toledano
á cumplir su mision: su fiel amigo,
su leal Bravo alegre le acompaña
con seiscientos ginetes. Todos juntos
toman de Tordesillas el camino,
parten veloces como el raudo viento,
y en breve llegarán á su destino.

FIN DEL SEGUNDO CANTO.



CANTO TERCERO.





CANTO TERCERO.

Conciliábulo de la Inquisicion.

—

En tanto que estos hombres generosos
por el bien de la patria se desvelan,
y el general provecho anteponiendo,
consolidar su libertad anhelan:
Adriano de las furias dominado,
su poder viendo á polvo reducido,
reune ocultamente su partido,
solicita alianzas,

y ya formando vá listas fatales,
y víctimas buscando á sus venganzas
y á sus resentimientos personales.
La inquisicion sacrílega temblando,
al ver su mala causa ya perdida,
huyó despavorida
con mas celeridad que prometiera
su masa informe y cuerpo monstruoso.
Allí por dó Guadiana misterioso,
hundiéndose en la tierra desparece,
de su riego privando á las campiñas:
Hay una sima lóbrega y profunda
del sol benigno nunca visitada,
sabido albergue de dañinas fieras
y de nocturnas aves espantosas,
que la apacible claridad odiando,
del resto de las aves segregadas,
en noche eterna viven sepultadas.
Por aquel boqueron se escurre el mónstruo,
y atravesando sus revueltas, llega
á una ancha plaza toda circuida
de toscas gradas en la roca abiertas,
y á un lado un trono húmedo y grosero.

Búscale á tientas, hállale y se sienta,
y en él reclina su espantosa mole.
Tres alaridos dió: retumba el eco
por las concavidades repetido.
Las fieras con ahullidos corresponden
al ronco son que estremecer las hace,
y el rio amedrentado
de la infernal y destemplada grita,
el curso de sus aguas precipita.
Esta la señal era convenida
de la nefanda reunion. Al punto
acuden cien espectros horrorosos,
y con verdes hachones encendidos
la oscuridad ahuyentan, repartidos
á trechos en los bancos espaciosos.
De negro van vestidos, y se cubren
el semblante con máscara traidora.
Los satélites son, egecutores
de los crímenes bárbaros, horribles
del cruel tribunal: seres malditos,
que á lágrimas y sangre acostumbrados,
no pueden respirar sino delitos.
Despues llega una turba inmunda y fea

de todos cuantos vicios detestables
infestan la ancha tierra,
y á los humanos declarada tienen
perpetua y cruda guerra.
En órden van sentándose, celosos
de la procsimidad al alto trono;
y la preeminencia se concede
por una emulacion abominable
á aquel que descarado la pretende,
cuanto es mas torpe, infame y ecsecrable.
Vense de los primeros colocados
á la derecha el fanatismo ciego
con piel de tigre, entrañas diamantinas,
y en las manos y pies garras ferinas.
La anarquía sin freno, la barbarie,
la cruel vengativa tiranía
que el pensamiento veda, y á su lado
la taimada gazmoña hipocresía.
La traicion que la sigue, se distingue
en su vizco mirar: lleva ceñido
un cinto de puñales
que el acero traspasan de mas temple.
En frente el despotismo con corona

y cetro férreos, cadenas y dogales:
la ambicion criminal y desmedida
que sus brazos larguísimos ostenta,
y la superesticion bestial, imbécil
que solo de patrañas se alimenta.
Despues seguia el bárbaro egoismo,
y luego en un gran trecho se mostraba
la hidra descomunal del feudalismo.
De su garganta nacen tres cabezas,
y su parte inferior remata en cola
disforme de dragon. Los principales
mónstruos aquestos son y los peores,
y los vicios que causan menos daños
ocupan los asientos inferiores.
La inquisicion preside como digna
de tan maldita distincion; á todos
sobrepuja en diabólica malicia,
y el mónstruo mas atroz la cede el paso.
Ó deidades del Pindo y del Parnaso,
graciosas musas, doctas y elocuentes:
dad á mis espresiones impotentes
aquella tinta y fuerte colorido
necesario al pintar un mónstruo nuevo

Del inmundo Cocito producido.
¿Qué can Cerbero feo y horroroso,
qué esfinge ó qué dragon prestarme pueden
un diseño cabal que represente
toda la enormidad de su figura?
A describirla voy con todo, y cuento,
musas, con vuestro ausilio y valimiento.
Su altura es treinta piés, aunque prome
todavía crecer su edad temprana.
Aun á mas corpulencia corresponde
su disforme cabeza, pues iguala
en grandor á un peñasco; los cabellos
son de una lana negra y retorcida,
y simétricamente recortados
al rededor. Tamañas como un cuero
estendido de buey son sus orejas,
de berrugas surcada la ancha frente,
y de lana un vellon en vez de cejas.
Nunca sufrir la luz pueden sus ojos
pequeños y feroces, y se advierte
en ellos un contínuo movimiento.
En lugar de nariz dos anchas fosas,
cosa horrible á la vista, se perciben;

y con grave ademan y cauteloso
en ellas deposita de contínuo
no sé que polvo sucio y asqueroso.
Sus abultados labios circunscriben
una boca tremenda y herizada
de puntiagudos dientes. Por los lados
asoman dos colmillos encorvados
largos hasta dos piés: la barba hundida
apenas queda en torno señalada,
pues de ella pende y hasta el pecho llega
una luenga y anchísima papada.
¿Y qué diremos del enorme vientre,
abismo dó peligran sepultarse
tantas generaciones?
No tan grande á mi ver era la cueva
donde el astuto y atrevido Caco
su hurto ocultó, la cólera de Alcides
en su daño escitando y cruda muerte.
Esta deformidad usa un ropage
talar de lana blanca; de los hombros
pende del mismo género una pieza
en forma de capucha, con que suele
taparse algunas veces la cabeza.

¿Quién al ver tal demonio no huiría,
el pecho opreso de mortal congoja?
¿Quién cerca de él sin perecer podría
las miradas sufrir que en torno arroja?
Aun el mónstruo mayor de la asamblea
en su presencia teme y titubea.

Todos en sus asientos colocados,
así prorumpe en voz descompasada,
semejante al bramido
del terrible aquilon embravecido.

«Ilustres mónstruos para el mal nacidos,
que hasta aquí tanto daño habeis causado,
y cual peste aflictiva el ancho mundo
de horror y destruccion habeis llenado:
Yo alabo vuestro celo, y algun dia
inequívocas pruebas daros pienso
de lo aceptas que son vuestras proezas
á mi malignidad. Mas por ahora
preciso es pelear con nuevo esfuerzo,
y nunca desmayar hasta que vuelvan
á triunfar nuestras armas abatidas.
Sino, perdidos somos para siempre;
y de la superficie de la tierra

lugar para nosotros de delicias,
que huir tendremos con despecho eterno
á sepultarnos en el hondo infierno.
Ya nuestros enemigos las llanuras
de la Castilla invictos señorean.
Cayó nuestro poder, y mi reinado
pasó devastador. Los comuneros
mi maléfico trono han derribado,
y en mi lugar ensalzan las virtudes.
¡O desesperacion! Cuando pensaba
consolidar mi autoridad perversa,
y al mundo ocasionar males sin cuenta,
ese hombre virtuoso se presenta,
y la fortuna me abandona adversa.
Ya sabeis de quien hablo: de Padilla,
amigo de las luces justo y pio,
el cual mostrando un bárbaro denuedo,
destruye á mis sectarios, y á mí misma
una herida mortal me dió en Toledo.
Despues errante sin seguro asilo
y huyendo de su furia, aquí he llegado,
y esta junta infernal he convocado
para tratar como hemos de arruinarle,

contrastar su poder y esterminarle.
¡O mónstruos! refinad vuestra malicia,
esponga su dictamen cada uno.
Discurrid, discurrid inícuos medios
de recobrar y afianzar por siempre
nuestro imperio en el mundo.
Iluminad mi espíritu abatido,
y pruebas dad de ese saber profundo
que en otros tiempos tanto os ha valido.»
Alzóse el despotismo, y empuñando
su gran cetro de hierro con enojo,
un golpe descargó sobre un espectro
que cerca de él estaba, con tal furia,
que á sus piés cayó muerto en el instante.
Estas mis leyes son, dijo, no hay otras
donde yo oprimo, é infeliz la tierra
si á mis anchuras dominar pudiese!
Ante mí no hay derechos: la justicia
de mi humor caprichoso es vil juguete.
Nadie seguro está, nadie respira,
ni gozar puede en paz de su fortuna.
En fin hago infelices á los hombres,
y en sus angustias me deleito y gozo.

Mi imperio abraza casi todo el mundo,
pues muy pocas naciones de mi yugo
se han podido ecsimir. En otro tiempo
en España reiné, y ora pretendo
volverme á entronizar en ella airado.
No lo dudeis, mi tiempo es ya llegado:
sucumbirá la liga turbulenta
á las armas de Cárlos invencible
que es mi mas firme apoyo. Su ministro
el protervo Adriano
que sigue nuestro bando, aunque proscrito
ahora y fugitivo y sin recursos,
pronto los hallará: pronto veremos
su partido pujante y poderoso
perseguir y acosar á los ligados,
y vencerlos tambien. ¿Como es posible
que yo no triunfe al fin? Ya me preparo
á saciar mi furor en libre sangre,
y hartarme de suplicios. ¡Desgraciados
mis enemigos y hasta mis secuaces,
pues en mis iras no hago distinciones!
Todos perecerán con crudo estrago,
y haré de sangre humana un ancho lago.»

«Viva», dice la escuálida caterva
que aplaude una esperanza tan impía
con horrible algazára y gritería.
Así en las fiestas torpes y brutales
de Baco, en las inmundas bacanales
y orgías, llenas las ménades de vino
y furor, en ahullidos prorrumpian,
los rostros sin piedad se maltrataban,
y cuanto mas su cuerpo ensangrentaban,
con tanto mas estrépito aplaudian.
Por fin cesó el tumulto, y se adelanta
la traicion con irónica sonrisa,
y así ecshala su saña:
«Nunca piense vencer el toledano,
ó será mi poder un nombre vano.
¿Cuándo no hubo traidores en España?
Todos estos puñales han servido
á inmolar alevosos
á los hombres valientes, generosos
que el bien de los humanos meditaban.
Este á Viriato al sueño abandonado
en noche eterna sepultó y oscura,
por mas que le defienda la armadura.

Este otro en la alegría de un convite
á Sertorio inmoló con gloria nuestra
y desgracia de España. Este destino
á Padilla, y no sé como su suerte
por mas feliz que sea y mas propicia,
podrá librarle de traidora muerte.
Todos ellos en fin están probados:
¿Y cuantos reyes árabes y godos
sus dias terminaron á sus filos,
pereciendo á traicion? ¿Cuántas maldades,
que cúmulo de horrores á mi nombre
en la España infeliz se han perpetrado?
Yo de tanto desastre me glorío,
y si quereis dejarlo á mi cuidado,
yo sola daré fin á aquesta guerra:
cercaré de asesinos á Padilla,
y muerto él, triunfará nuestro partido,
pues él solo por mas que todos vale,
y no hallará la liga otro caudillo
que en valor y prudencia ni aun le iguale.
Si él de mis asechanzas se liberta,
suscitaré en sus mismos partidarios
con promesas ganados y con oro,

quien entregue los puestos importantes,
obstruya sus medidas, y entorpezca
la egecucion de sus proyectos vastos.»
«Compañeros, confiad en mi esperiencia,
no temais. ¿Olvidado habeis acaso
la célebre traicion que echó por tierra
el trono de los godos, colocando
en su cumbre las glorias sarracenas,
al español cargando de cadenas?
Obra fué de Julian esclavo mio,
que por vengarse de su rey, la patria
vendió al fiero enemigo,
en una comun ruina confundiendo
á sí mismo, á la España y á Rodrigo.
El entregó á Tarifa, dando entrada
á los moros ansiosos de conquistas,
guerreros formidables; mas con todo
no hubieran sometido fácilmente
el vasto imperio godo,
si segunda traicion en Guadalete
no les proporcionára una victoria
que ya ni su despecho les promete.
Ya veis cuan poderosa

soy y temible, que pequeña empresa
para mí es trastornar un reino entero.
Esa libertad útil y preciosa
yo la destruiré, pues se interesa
en ello nuestra causa que es primero.
Lo juro por las furias, por la muerte,
y por el temple de este acero fuerte.»

Diciendo así, con violencia estraña
un puñal arrojó que el aire vano
atraviesa cual rápida saeta,
y silvando con furia, vá á clavarse
en una dura roca con estruendo,
y largo tiempo se quedó blandiendo.
Todos de aquel suceso tan pasmoso
muestran admiracion: juntas las manos
entre sí se miraban con asombro.
La inquisicion inclina la cabeza,
y con señales del mayor contento,
acepta aquel horrible juramento.

Queda todo en silencio el mas profundo,
y nadie á interrumpirle se atrevia,
cuando súbitamente
la hidra se revolvió, sonó un chasquido

infernal, y tres silvos horrorosos
á un tiempo despidió; luego comienza
su infame narracion, y así se esplica:
«Yo solo basto, dijo, yo tan solo
para arruinar el bando comunero.
¿Qué nos puede importar que se declaren
en contra de nosotros los ligados,
esos hombres ilusos, obstinados,
que no conocen en su furia insana,
de un frenesí rabioso poseidos,
cuan fútil es su libertad, cuan vana
su esperanza de ver enaltecidos
esos principios bellos que propalan,
si ante la ley primero no se igualan?
Casi feudal la España los rechaza,
y esa nobleza altiva y orgullosa
que á duras penas la cerviz humilla
ante el poder real, ¿cómo pudiera
la ley del pueblo recibir? ¡Ah! Nunca,
no lo creais, amigos. Aunque es cierto
que en el otro reinado
Fernando valeroso y esforzado
desquició mi poder, aun no estoy muerto,

todavía respiro, y no está lejos
ese dia feliz en que mi trono
brille otra vez mas fúlgido en España
para saciar mi encono;
y que en vuelta en furor y en guerra impía,
sus ciudades me inciensen á porfía.»

«¡Ah! ¡Cuán plácidamente
en era no lejana
reinaba yo feroz en toda Iberia,
y me aclamaba la nobleza hispana!
Jamás se borrará de mi memoria
Aquel tiempo feliz en que á mi nombre
los nobles, los señores, los prelados
con la enseña feudal acaudillaban
á los pueblos incautos, que obcecados
contra el régio poder se rebelaban,
produciendo estas guerras intestinas
odios, desolacion, venganza y ruinas!»

«Aun recuerdo con júbilo aquel dia,
de mi gloria magnífico trofeo,
cuando en Ávila juntos los magnates,
y un pueblo entero espectador ansioso,
la discordia su tea atroz soplando,

un público cadalso levantaron,
y en él del cuarto Enrique
atrevidos la efigie colocaron.
Y ya rompido el dique
del respeto á su rey que antes juráran,
le insultan, le escarnecen,
de las régias insignias le despojan;
y en desprecio trocando el homenage,
el alma henchida de feudal corage,
del tablado le arrojan.
¡O temeraria empresa! ¡O triunfo mio
el mas insigne que lograr pensára!
¿Dónde aquel tiempo fué? ¿Quién mi diadema,
quién mi poder altivo destrozára?
Fernando, sí, no hay duda: él el primero
me humilló; mas despues otro enemigo
aun mas encarnizado me persigue,
y no me dá vagar. Si él los destinos
aun rigiera de España, si Cisneros
(éste, éste es mi acérrimo adversario)
todavía alentára, en vano, amigos,
mis esfuerzos serían: acosado
de ciudad en ciudad, vencido siempre,

del implacable cardenal las iras
no sé como evitar. La muerte al cabo
templó sus fieros, y en la huesa hundióle,
y yo oprimido al fin respirar pude.
Y pues que vuelvo á levantarme bravo,
mi mando estenderé, nadie lo dude;
y mi ley enemiga
de todo bien florecerá en España
mal que les pese á Cárlos y á la liga.»

Así este mónstruo blasfemó inhumano;
pero su vaticinio sanguinario
no se cumplió jamás. En cruda lucha
vencióle el gran Cisneros,
y desde su desastre vergonzoso
no volvió á levantar su altiva frente.
Gloria inmortal al hombre virtuoso,
al patricio eminente,
al ínclito español, prelado ilustre,
que á su seguridad, fortuna y vida
la salud de la patria prefiriendo,
tras una lid reñida
consigue derrocar al mónstruo horrendo.

La anarquía preséntase orgullosa,

y espone estas razones:
«Jamás nuestra victoria fué dudosa,
fuera el temor, invictos campeones.
Ya veis los comuneros confiados
en su triunfo primero,
cual viven descuidados,
como si nada recelar debiesen
de nuestro encono fiero.
Embriagados de placer, se olvidan
de juntar tropas, allegar pertrechos,
sus tercios adestrar, buscar parciales.
No cuentan que lo recio de la lucha,
del duro trance, del terrible choque
aun presente no está: su ardor se apaga,
su entusiasmo se embota;
si no saben vencer en todo encuentro,
perdidos son en la primer derrota.»
«Padilla solo vigilante queda,
y próvido, solícito, incansable
por dó quiera se muestra. Su talento
su gran penetracion, su esfuerzo y brio
son de la liga el poderoso apoyo.
Pronto sin él cual humo disipadas

borrar veremos las nacientes huellas
de toda libertad, y los vestigios
desparecer que á los futuros siglos
pudieran recordar los altos hechos
de este varon insigne que á su patria
sumida en horfandad y servidumbre,
revindicar pensára sus derechos.»
Y el lauro distinguido que en la historia
por su gran corazon ocupar debe,
en un padron de infamia á su memoria
habrále de trocar Adriano aleve».
«Yo su rival mas pertinaz he sido,
y quien mas daño á su faccion causára.
El no lo ignora, mas su empeño es vano
en quererme vencer: yo le persigo,
y le esclavizo á mi coyunda dura.
Dó quier que su bandera
planta animoso de laurel ornada,
siempre en pos de él, no puede aunque quisiera
mi yugo sacudir: su fuerte espada
á sus contrarios tan fatal, no sabe
esgrimir contra mí: su valentia
impetuosa se estrella en la anarquía».

«Valladolid, Medina, Avila, Burgos,
y Segovia y Toledo,
Madrid, Leon, Palencia y Salamanca,
aldeas, villas y ciudades todas
dó la naciente libertad su vuelo
ha empezado á estender, teatro han sido
de sangrientas escenas, crudas muertes.
El desenfreno popular destruye
sagradas leyes y civiles fueros,
nada perdona, todo lo avasalla.
Ansiosos de mandar los comuneros,
de la fiel sumision rompen la valla:
y de los reyes el poder hollando,
piensan inaugurar su nuevo mando.»

«Yo los vi, yo los vi correr furiosos
de ciudad en ciudad, de villa en villa,
la Bética, Aragon, Leon y Murcia
y la doble Castilla:
con el acero sedicioso armados,
concitando á la plebe turbulenta
y apellidando rebelion, encienden
la triste antorcha fúnebre y sombría
de la guerra civil y sus horrores.»

«Dejadlos, ellos bastan, por sí solos
su obra completarán; y en poco tiempo
las ruinas humeantes, las cenizas,
desolacion y general estrago,
las detestables fraternales lizas
harán patente al mundo
la furia ciega y el rencor profundo
de que están animados
esos en nuestro mal confederados.»
Calló ei mónstruo ecsecrable: de este modo
su boca impura profanó atrevida
el nombre sin mancilla
de las comunidades de Castilla.
Si acaso algun desman, si algun esceso
hubo que lamentar, la culpa tienen
los hombres del poder, que endurecidos
y sordos al clamor de todo un pueblo,
le obligan á despecho
á buscar armas, á juntar partidos,
á sí mismo fiando su derecho:
pues ya ningun camino se presenta
de salvar á la patria moribunda
sino por medio de la lid sangrienta.

Muchos nobles tambien con negro intento
se adhieren á la liga deseosos
de vengar con estragos horrorosos
su propio y personal resentimiento.
Y otros queriendo en el comun conflicto
conseguir puestos, conquistar honores
y mandos obtener, la hoguera atizan,
y el fuego soplan donde hierven fieras
del pueblo las pasiones ecsaltadas.
Mas en rigor la liga no merece
ninguna inculpacion, cargo ninguno.
Ella fué en medio de amargura tanta
y tristes sinsabores,
á pesar de sus viles detractores,
pura en su orígen, y en su objeto santa.

La inquisicion radiante de alegría:
«O compañeros, dice, ¡qué consuelo,
qué placer inefable, qué dulzura
mi alma atribulada esperimenta
vuestro acento al oir! ¿Cómo pudiera
tanto afecto pagar, tanta constancia?
Beneméritos sois, yo os lo declaro.
Unid vuestros esfuerzos, y bien pronto

podremos entonar alegres himnos,
y celebrar el suspirado triunfo.
Ya veo que con tales ausiliares
cual sois vosotros, de cualquier empresa
puedo salir airosa y vencedora.
Confieso que una nube tenebrosa
ofuscaba mi vista fascinada,
y el temor embargaba mis potencias;
pero vuestros discursos elocuentes,
sábias razones y profundas miras
me han convencido ya sin duda alguna
de que nunca podrán los comuneros
contrastar en España nuestro influjo.
Al arma, al arma pues, no mas palabras:
cada uno á su puesto acuda pronto,
y medite los medios mas audaces
de causar en el mundo fiero daño.
Sea nuestra divisa guerra á muerte,
y nadie trate de entregarse al ocio
mientras dure la liga castellana.
Y cuando llegue el suspirado dia
que tanto anhelo de poder mi solio
por siempre afianzar, vereis cual puedo

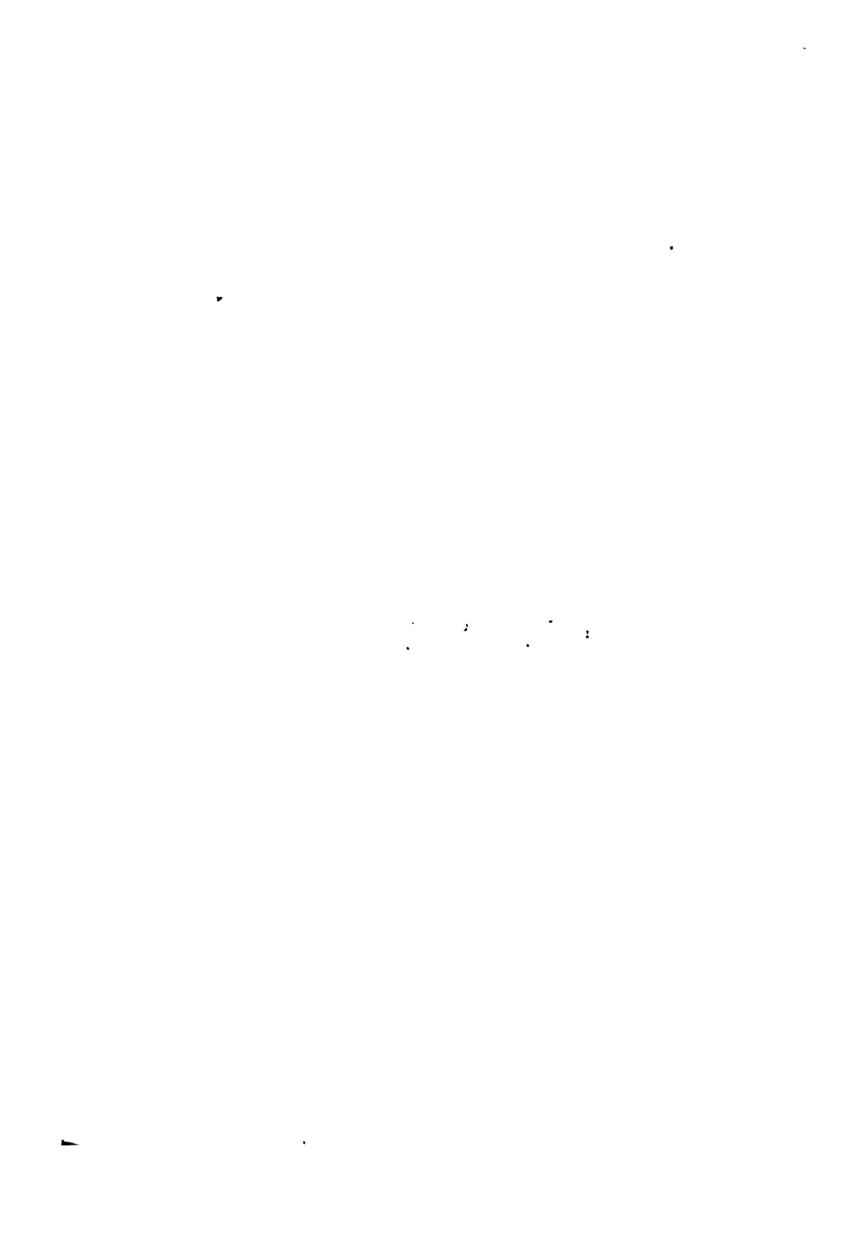
disponer á mi arbitrio de los reyes,
y aherrojar á los pueblos, de manera
que tiemblen á mi nombre pavoroso
opresos y opresores. Sutilmente
sabré cubrir con religioso manto
las políticas tramas maquiavélicas:
perseguiré el asilo inviolable
del pensamiento, estinguiré las luces:
el craso error y el bárbaro sofisma
tan solo reinarán, la verdad nunca.
Por estos medios infalible juzgo
embrutecer y degradar al pueblo,
y que en vicios sumido y la ignorancia,
pierda del bien el generoso instinto.»
«Patíbulos y hogueras á millares
levantaré en España, produciendo
llanto, horfandad, despoblacion y luto.
De un sagrado aparato rodeados
mis suplicios vereis, y así consigo
con la mas refinada hipocresía
que á la religion santa se atribuyan
mis bárbaros furores y venganzas,
que se desacredite, y la aborrezcan,

y el número de impíos se acreciente.
Sola yo soy capaz de hacer mas daño
que todos los que estais aquí reunidos.
Vamos pues, sus.» Y dando una palmada,
disolvió la asamblea. Todos juntos
salieron en tropel, y un vapor denso
la atmósfera oscurece por dó pasan,
inficionando con su torpe aliento
las aguas, los ganados y las mieses.
Diz que aquel año de ominoso signo
se secaron los árboles y frutos,
su lecho descubrió Guadiana undoso,
nacieron fetos de espantables formas,
un ábrego fatal sopló constante,
y una peste asoló la Estremadura:
todo debido á la letal presencia
de aquellos mónstruos que tan solo ecsisten
para desgracia del linage humano.

FIN DEL TERCER CANTO.



CANTO CUARTO.



CANTO CUARTO.

Mensage de Padilla á la reina madre doña Juana.

—

La histórica y amena Tordesillas
á la orilla del Duero se levanta:
un fuerte muro la ceñia en torno
coronado de almenas: torres altas,
magníficas iglesias y palacios
suntuosos su recinto decoraban.
Su poblacion hirviente y numerosa,
no mezquina cual hoy, leda vagaba,

y de un estremo al otro discurria,
llenando calles, pórticos y plazas.
Mil ingeniosas máquinas fabriles
que nueva forma dan á seda y lana,
su riqueza demuestran: adornados
sus moradores con lucidas galas,
viven felices, y Amaltea premia
sus fatigas con próspera abundancia.
¡Desdichados! ¡cuán presto los horrores
en su seno verán de guerra infausta!
¡desastres cuántos llorarán en breve!
¡qué de calamidades les aguardan!
Entre ellos ora retirada y sola
vivia la princesa doña Juana
absorta en sus pesares, triste siempre,
sin salir nunca de su régio alcázar.
No la ecsimió de largo desconsuelo
la púrpura ni el trono que ocupára:
probó la hiel del infortunio amargo,
y fué cuanto sensible desgraciada.
Ella á la muerte de su caro esposo
despreció el cetro que heredó de España.
¿Qué es la grandeza, el solio y la diadema,

si ya no ecsiste aquel á quien amaba,
si ya con él partirlas no es posible?
Caigan en polvo, húndanse en la nada.
Los pueblos de Leon y de Castilla
la juraron por reina: ¡cosa rara!
¡que en vida de su madre el hijo herede,
siendo ella la heredera coronada!
Ni ella renunció el cetro, ni su hijo
jamas en arrancárselo pensára.
Se olvidó que era reina: el hijo entonces
de acuerdo con el pueblo, respetára
su dolor, y empuñando el cetro de oro,
al trono sube por salvar la patria.
Ora que Cárlos abandona el reino,
á ella se vuelven todas las miradas.
pues los tenientes que dejára el César
odiosos son al pueblo, él los rechaza.
Nulos son sus poderes en su orígen,
y nunca pudo darlos el monarca,
porque un rey que recibe un nuevo imperio
pierde el derecho al que antes heredára.
Llega Padilla, y á la reina madre
pide una audiencia, y que oiga su demanda.

Ella la otorga al punto bondadosa,
y afable le recibe, rodeada
de algunos pocos servidores fieles
que la han acompañado en su desgracia.
Entra, y ante ella póstrase de hinojos,
y á besar pide las reales palmas.
¡Cuánto se conmovió! ¡cuál fué su asombro
al ver en su semblante tal mudanza!
El que la conoció jóven y hermosa,
ágil, esbelta, rozagante y sana,
la encuentra ahora débil y marchita,
y al peso de sus penas agobiada.
Sus ojos centellantes que otro tiempo
fuego por sus pupilas arrojaban,
yacen bajo sus párpados ocultos,
y no despiden mas que una luz vaga.
De sus megillas el carmin velóse,
pálida se tornó su tez de nacar:
un lustro de dolor bastante ha sido
para causar transformacion tamaña.
Solo conserva aquel gentil talante,
magestuoso ademan y alta mirada
que distingue á los príncipes, y anuncia

costumbre de mandar, régia prosapia.
Tal suele descollar en la pradera
rica en verdor, vegetacion lozana
una robusta encina que orgullosa
ostenta al rededor frondosas ramas.
Su tronco la tormenta desafía,
y presta asilo y abrigada estancia
al pastor que á su sombra se guarece,
y sus ovejas descansando guarda.
La bulliciosa juventud del valle
al lado de ella forma alegres danzas,
es el centro de todos los placeres,
y famoso su nombre en la comarca.
Mas el rayo tronó: fiero, iracundo
tan útil vegetal su fuego abrasa:
las ramas y las hojas á su impulso
yacen en tierra secas, destrozadas,
y aniquiladas sus raices, queda
su tronco en pié cual funeral fantasma.
«¡Oh! dijo el adalid, ¡cuánto me pesa
venir á perturbar, reina adorada,
vuestro sosiego, y tras penosos dias
esa de que gozais profunda calma!

Mas es fuerza los íntimos afectos
sacrificar en aras de la patria,
y dar por ella cuando así lo ecsija
honor, vida, fortuna y esperanzas.
Una guerra civil arde en el reino,
lucha feroz, terrible, encarnizada,
que la ruina causar debe al estado,
si con tiempo el estrago ne se ataja.
Nadie mejor que vos, señora, puede
hallar remedio á desventura tanta.
Los pueblos oprimidos, acosados,
ausente vuestro hijo en tierra estraña,
claman por vos, y sin cesar repiten
el nombre de su reina idolatrada.
No pudiendo sufrir el vilipendio,
la tiranía y las inícuas tramas
de ese estrangero que feroz gobierna,
la nacion toda recurrió á las armas.
Otra mira no lleva en su alzamiento
que recobrar las leyes venerandas
que aseguran sus fueros, y que siempre
de los reyes han sido respetadas.
Una liga entre sí Castilla forma,

y las demas provincias la acompañan,
nombran procuradores, y bien pronto
reunidas se ven las córtes de Ávila.
Á nombre de ellas pues aquí he venido
á poner su obediencia á vuestras plantas,
y á suplicaros que por bien del reino
tomeis del mando la pesada carga.
Todos en vos confían: de vos sola
hoy espera Castilla su bonanza.
Venid pues á reinar: así os lo piden
la lealtad innata castellana,
y este súbdito fiel, si de algo vale
su buen deseo en sostener tal causa.»
«¿Quién eres, tú? la reina dijo entonces,
¿Quién eres, dí? Yo escucho tus palabras
con una conmocion desconocida,
y nada sé de cuanto me relatas.
Solo un vago rumor á mis oidos
llegó estos dias de que están alzadas
las provincias; mas cual es su deseo,
cuales sus miras son, yo lo ignoraba.»
«La liga me ha elegido por su gefe,
respondió: á vuestros pies está mi espada,

disponed de ella, vuestra es desde ahora,
de vos sola hoy espero recobrarla.
Toledo me dió el ser, del Tajo aurífero
bebí cuando ví el mundo la onda clara:
noble soy, y mi nombre Juan Padilla.»

La reina entonces: «pues si necesaria
es, dice, mi presencia, si Castilla
se acuerda de que yo la gobernára,
y otra vez quiere que su suerte rija,
cúmplase su deseo, no sea vana
su confianza en mí. Yo amo á mis pueblos,
y su dicha es objeto de mis ansias.
Cárlos erró dejando estas provincias,
pues no hubiera debido abandonarlas.
Aquí debe reinar, no en otra parte,
esta es la herencia que mi amor le guarda.
Aquí por causa mia verle anhelan,
el pueblo entero le desea y le ama,
mil señales de afecto le prodiga:
pues qué le importa la corona de Austria?
ceñir su sien con ella no debiera,
recibirla jamas, nunca aceptarla.
Bastantes reinos y provincias tiene

que su ambicion de mando satisfagan.
¡Ojalá que rendido á tanto peso,
y las fuerzas perdiendo necesarias
á sostener su dilatado imperio,
no se estremezca, no vacile y caiga!
Yo temo al menos que en sus pocos años,
faltándole esperiencia, abandonadas
las riendas del estado á favoritos,
no pierda de sus pueblos la confianza!
Que aprenda de su padre: él sí que fuera
un escelente rey, en él innata
la bondad era. Tú le conociste,
Padilla, dí: ¿no es cierto que pintada
la magestad estaba en su semblante?
Y tambien ¡qué apostura tan bizarra!
Felipe era un cumplido caballero:
yo á su lado de amor embriagada
pasaba alegre las fugaces horas,
y mi vida feliz se deslizaba.
¡O cual era mi dicha al contemplarle!
¡cuánto el oir su voz me embelesaba!
¡qué placer tan inmenso, indefinible
en éstasis de amor probaba mi alma

si una vez acertaba á complacerle!
nunca hubo, no, pasion tan estremada.
Tal era mi deseo de agradarle,
que por dó quier seguia sus pisadas
contenta con servirle, de manera
que mas que esposa parecia esclava.
Ya para siempre viuda...! ¡Dueño mio!
¿Donde has estado?... ¡Qué cruel tardanza!
Aquí te espero en mis amantes brazos,
ídolo de mi amor; ¿por qué te espantas?
¿Huyes de mí? ¿Quién, dime, en este mundo
te amará mas que yo?... No, no te vayas,
querido objeto de mi fiel ternura,
no me prives de ver tu soberana
presencia: de cadenas y de hierros
si así te place véame cargada,
y no me quejaré: yo mas merezco,
que á mi pasion aun muchos grados faltan
para de tí ser digna. Yo debiera
arrastrando á tus pies vivir hollada,
no respirar mas aire que tu aliento,
velar tu sueño, y siempre dedicada
á servirte, olvidar que soy tu esposa,

y pensar solo en ser tu fiel criada.
¿No veis.. no veis..? Silencio, está durmiendo..
allí está él... miradle bien... descansa,
amor mio, no temas, aquí todos
nuestros amigos son: tu esposa cara
cuida de tí, no te abandona nunca,
jamas te dejará .. ¿Suspiras...? ¿Callas...?
Respóndeme, bien mio... Aquí en mis brazos
tu cabeza estrechando... ¡Ah! ¡Qué tirana
ilusion me persigue...! ¡Es un cadáver...!»
A este tiempo sus fuerzas agotadas
por tan violenta contraccion, rindióse
su espíritu á tal prueba, y desplomada
en el suelo cayera, si Padilla
no acudiera en sus brazos á ampararla.
¡O qué inmenso dolor! ¡O qué infortunio!
Monarcas de la tierra, ved á Juana:
en el trono nacida y la opulencia,
nada en el mundo á su penar iguala,
pues su amor desgraciado, inestinguible
su corazon lacera. Despiadada
la suerte le robó su amado esposo,
el Eterno hácia sí llamó su alma;

mas de la destruccion Juana liberta
aquel hermoso cuerpo que idolatra:
de perfumes y aromas le rodea,
y embalsamado, en su real estancia
á los piés de su lecho le coloca:
de mirarle y llorar nunca se sacia.
Estasiada de amor, fija en su idea,
su fantasía alguna vez se ecsalta:
figúrase que alienta, que la escucha,
y entonces le dirige la palabra,
atribuyendo á alguna falta suya
aquel silencio sepulcral. ¡Infausta
ilusion que ofuscando sus potencias,
con deliquio fatal su vida amaga
cuando llega cruel el desengaño.

Tal esceso de amor es cosa rara
en la historia encontrar. Hubo una reina
en los tiempos antiguos allá en Caria
que las frias cenizas de su esposo
desleidas bebió, queriendo darlas
digno sepulcro en su amoroso pecho,
leve consuelo á sus amantes ansias.
Mas yo juzgo tal vez mayor fineza,

una prueba de amor mas delicada
la conducta de Juana de Castilla,
que no la violenta estravagancia
de Artemisa de Caria. Esto no obstante
preciso es confesar que fueron ambas
heróicas hembras, recatadas viudas,
dignas de estimacion, asombro y lástima.

Poco á poco la reina del desmayo
en fuerza del afan de sus criadas
en sí volviera: un ¡ay! despidió triste,
y en torno echando lánguidas miradas,
«¿Dónde estoy? dice: ¿qué funesto ensueño
mis sentidos embota y aletarga?
¡Ah! ya me acuerdo, todo lo comprendo.
¡Miserable de mí...! ¡qué estrella aciaga
presidió á mi nacer...! ¿Y tú, Padilla,
qué pensarás de mí, viéndome flaca,
débil ante el dolor?... Perdona, amigo,
á mi viudez estas amargas lágrimas...»

«Señora, yo respeto vuestro lloro,
el héroe dijo, nunca imaginára
que resistir pudiérais tan acerbo
sentimiento; mas ya de dolor basta:

cesad de atormentaros de ese modo,
esto la misma religion os manda.
Buscad un lenitivo á vuestros males
en la beneficencia, virtud santa
que en socorrer la agena desventura
mil delicias y goces se prepara.
Orad, rogad á Dios, pedidle fuerzas
para sobrellevar vuestra desgracia;
él os las ha de dar, estad segura,
tened en él entera confianza.
Así podreis lograr ya que no dicha,
tranquilidad al menos. Yo mi marcha
debo aprestar, me esperan mis parciales,
las córtes vuestras órdenes aguardan,
todo pende de vos: decid, señora,
lo que he de responder.» «A mi me agrada,
la reina dijo, tu venida; escucha,
y mi respuesta en tu memoria graba.
Nadie podrá arrancarme de estos sitios,
pues á ellos me siento ya apegada
para toda la vida. Si la liga
necesita de mí, pronta á ayudarla
siempre me encontrará. Mis pueblos gimen

en la opresion de esa estrangera raza;
pues bien, que sean libres, yo lo quiero,
que gobierne la ley, no la arbitraria
y despótica voz de un intrigante
que el mando consiguió por arte y maña.
Me acuerdo que soy reina, no consiento
que nadie quiera gobernar la España.
A tí te nombro general en gefe
de las tropas que salgan á campaña;
y en prueba de mi afecto te regalo
este tahalí bordado de oro y plata.
Piensa que fué de un rey, de mi marido,
á tí confío tan preciosa alhaja.
Al que gobierne en nombre de mi hijo
le advertirás que su poder se acaba,
que entregue el sello real, y venga humilde
á deponer su autoridad precaria.
Trasládense las córtes á esta villa,
y en Tordesillas sus sesiones abran.
Yo las presidiré: de su dictámen
y prudentes consejos ayudada,
todos trabajaremos de consuno
por recobrar la paz que tanta falta

hace á mis pueblos aquejados siempre
de una guerra homicida, cruel y bárbara.
Esta es mi voluntad; ahora, Padilla,
encargado estás tú de egecutarla.»
Esto dijera, y con altivez régia
encaminó sus pasos á otra sala,
á todos admirando con su porte
y aquel andar de diosa; mas que humana
pareció la espresicn de su semblante,
nunca tal dignidad manifestára.
Así tras de un eclipse pavoroso
nuevo esplendor ostenta, nueva gracia
la hermosa Febe, y su brillante disco
mira el viagero, y su ánimo dilata.
Padilla lleno de valor, radiante
de una alegría pura, inmaculada,
llama á los suyos, Bravo se presenta,
el héroe entonces con placer le abraza,
contra su corazon le estrecha ansioso.
«O amigo mio y compañero, esclama,
siempre me has sido fiel, siempre á mi lado
tú me has acompañado en las batallas.
Tú en lo mas intrincado del combate

me precedias: con tu diestra alzada
á un tiempo protegias mi cabeza,
y horror y estrago por dó quier sembrabas.
¿Cómo pagar podré tanto cariño,
tanta lealtad, virtud tan acendrada?
Desde hoy te juro una amistad eterna,
nada de tí desde ahora me separa;
una misma fortuna correremos,
y en vida ó muerte igual nuestra constancia
ha de ser para siempre. Une tu diestra
á la mia, y confirma esta alianza.
Tú, Maldonado, con tu hermano parte,
y toma seis lanceros: estas cartas
y pliegos reales lleva presuroso
á don Pedro Giron, el cual quedára
mandando en mi lugar, y le previenes
que al punto y sin demora egecutada
la voluntad real quede al instante,
que en la celeridad está cifrada
la fortuna en la guerra. Yo y mi escolta
á Valladolid vamos; la jornada
he publicado ya. Voy á la córte,
allí el interés público me llama,

no tardaré en volver. «Y ya impaciente
en su corcel con ligereza salta.
El generoso bruto conociendo
la nobleza del dueño, su pujanza
y su indómito brio reprimia,
y solo ante Padilla se humillaba.
Tascando el duro freno con corage,
vertiendo copos vá de espuma blanca.
¡Ay de aquel que á montarle fuera osado!
Negro era cual la noche, y se criára
con la yerba que el Tajo dá en su orilla.
¡Cuántas veces la vida libertára
á su señor en medio del tumulto
de la refriega cruda y sanguinaria!
¡Ah! ¡si tambien en Villalar pudiera
de su dueño evitar la suerte trágica...!
Mas ni el uno ni el otro huyeron nunca,
ni el ginete jamás volvió la espalda,
su salvacion buscando en torpe fuga;
O triunfar, ó morir; tal es su mácsima.
Asi le hemos de ver... Mas aun la hora
de admirar su heroismo no es llegada.
Marcha cubierto de luciente yelmo,

y en la cimera lleva colocada
una garzota de vistosas plumas
que dan marcialidad á su semblanza.
¡Qué gallardía! ¡Qué donaire! Al verle
se figura la mente transportada
que es algun semidios de los que pinta
tiempos atrás la mentirosa fábula.
El y su hueste aunque pequeña heróica,
y formada de gente castellana,
por la tierra de campos hoy tan yerma,
entonces tan risueña, tan poblada,
van caminando. Si seis mil como ellos
la liga defendieran con su lanza,
habrian de vencer. ¡Cuan diferente
la suerte fuera entonces de la España!
ya de Valladolid las altas torres
divisa el escuadron, ya está cercana
aquella hermosa perla de Castilla.
¡Valladolid! ¡Valladolid! ¡O patria,
ó patria mia! Cinco lustros hace
que te dejé de ver: á las lejanas
regiones que Colon descubrió un dia,
hácia Cuba feliz, hospitalaria

mi rumbo dirigí. Yo imberbe entonces
abandonára las nativas playas
aquejado tan solo del deseo
de ver nuevos paises. No pensaba,
ó querida ciudad que el ser me diste,
que mi ausencia de tí fuera tan larga.
Las dulces prendas de mi tierno afecto,
mis hijos y mi esposa aquí (1) me enlazan;
pero nunca de tí puedo olvidarme,
patria de bendicion: ni un dia pasa
sin que de tí me acuerde. ¿Con que es cierto,
Valladolid, que estás engalanada,
¿que cada dia tu esplendor se aumenta?
Muy en buen hora sea. Dios derrama
su gracia sobre tí: quieran los cielos
que tu fortuna iguale á la pasada.
Tres mil telares en tu seno habia,
cien mil habitadores tú contabas
cuando Padilla el ínclito, el magnánimo
te visitó: despues decayó rápida
tu poblacion, y hoy vuelves á elevarte
á tu anterior grandeza decantada.

---

(1) En Villaclara, isla de Cuba.

Ese hermoso canal que yo no he visto,
esa obra portentosa, estraordinaria,
que tanto honra al autor que la emprendiera,
ese tu dicha verdadera labra.
El te enriquecerá; por él, no hay duda,
volverás á lograr tu antigua fama.
¡Y tú, Pisuerga, mi querido rio,
el primero que ví desde mi infancia,
dime: eres siempre el mismo? ¿Hacia que lado
con tanta lentitud corren tus aguas?
Porque es difícil descubrir, Pisuerga,
que rumbo lleva tu corriente mansa.
Cual corpulento boa te deslizas
insensible y callado hasta Simancas:
allí te encrespas, gritas, te enfureces,
tu voz atronadora aturde, espanta,
pues no quisieras con el Duero unirte
por no regar las vegas lusitanas.
Adios, Valladolid, adios, Pisuerga;
ya de volver á veros la esperanza
muy débil á mi espíritu se ofrece.
Si viera yo mi obra terminada,
si á cantar de Padilla dignamente

la gloria y el martirio yo acertára,
entonces con mi libro volaría
del piélago á través: á tí llegára
á ofrecerte mi ofrenda, pueblo mio,
y deponer mi lauro ante tus aras.
Mas de mí desconfío, mucho temo
que me falte valor para acabarla:
lo grande del asunto me intimida,
lo largo del esfuerzo me acobarda.
Siempre ceñuda se mostró conmigo
la fortuna cruel, siempre inhumana
la suerte me oprimió con sus rigores.
Fuerza me es de Ercilla á semejanza,
de dia trabajar, luchar valiente
contra el destino que feroz me arrastra,
y aguardar de la noche la influencia
para entonces seguir la comenzada
tarea. Mas no importa, no es posible
que á las dificultades ceda el alma.
La santa inspiracion, el entusiasmo
me vence, me subyuga y avasalla:
el estro me domina. Por dó quiera
veo el rastro de sangre derramada . .

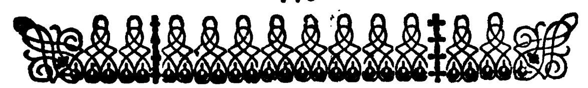
en Villalar: la sombra de Padilla
me sigue sin cesar, la huyo y me llama.
»Mortal, mortal, me grita; ¿por qué quieres
tu destino evitar? Ya, ya está echada
la suerte para tí: no, no desmayes,
sigue adelante. Tu mision sagrada,
ó valisoletano, es en el mundo
los sucesos cantar de la porfiada
lucha sangrienta en que perdí la vida
y la Castilla su libertad cara.
Esta calamidad, esta catástrofe
que dejára á la España consternada
por tres siglos enteros, es tu hado
en versos concertados celebrarla.
Ninguno antes que tú lo emprendió osado,
ninguno de mi tumba me evocára
para cantar mi nombre, que esta empresa
para tí solo estaba destinada.
Animo pues, desecha tus temores,
No des cabida á la desconfianza:
sigue el camino comenzado, y llega
en union mia al templo de la Fama.»
Sí, yo te he de cantar, sombra querida;

seguiré si la vida no me falta,
la senda que yo mismo me he trazado,
aunque sea difícil é intrincada.
Tú, divina Caliope, ven, sostenme:
vengan tambien contigo tus hermanas,
Erato, Clio, la graciosa Euterpe,
Melpómene, Talía, acudid gratas
todas en torno mio. Tú, Caliope,
dicta, la pluma ya te sigue: habla.

FIN DEL CUARTO CANTO.

CANTO QUINTO.





CANTO QUINTO.

Desastre de Medina.—Enojo de Padilla contra el obispo Acuña.

—

Adriano con sus nuevos compañeros
Fadrique Enriquez, Iñigo Velasco,
sin poderse fijar, huyendo siempre,
poseidos de miedo y sobresalto,
la ancha Castilla recorrido habian.
En los pueblos entraban disfrazados,
poco se detenian. ¡Cuantas veces
en medio de los montes retirados

su refugio encontraron! ¡Cuantas otras
se retrajeron á profundos antros,
horrorosas cavernas que las fieras
solas sabian! Su temor insano
aun allí les pintaba mil peligros,
y solo descansaban rodeados
de escuchas vigilantes, centinelas
que anunciáran el riesgo ya cercano.
Bien así cual el ciervo temeroso
que su vida libró de los asaltos
de ostinada jauría y de la turba
de feroces monteros irritados:
corre veloz y sálvase, ligero
saltando precipicios y vallados;
y aun en lo mas fragoso oculto, tiembla,
seguro no se vé; tal es su espanto.

El César desde el fondo de Alemania
sus poderes habia confiado
al almirante y condestable. Quiso
siendo regentes ya, que unidos ambos
al detestado cardenal, formasen
aquel triste y fatal triunvirato
que esterminar debia en breve tiempo

la libertad y fueros castellanos.
Estas prendas soltó, y allá en su mente
pensó con esto inadvertido Cárlos
hacer su autoridad mas estimada,
al pueblo ecsasperado presentando
estos dos personages tan ilustres,
en linage y alcurnia tan preclaros,
respetados, valientes, poderosos
y españoles á mas. Conoció al cabo
que no eran infundados los motivos
del general disgusto; porque es claro
que cuando un pueblo unánime proclama
un pensamiento, no puede ir errado.
Hubiera de una vez con puro afecto
los deseos del pueblo sancionado,
y escuchando benévolo sus quejas,
destituyera al estrangero Adriano,
la liga popular reconociera,
y á los procuradores festejando
que fueron á buscarle hasta su imperio,
afable los hubiera despachado.
Y la revolucion se acabaría:
las armas caerían de las manos

aun de los mas rebeldes. A Padilla
reconocido hubiérale su grado,
y para sí ganára su alma grande,
su noble arrojo y ánimo esforzado.
Bien al revés lo hiciera: á los regentes
contínuo reiteraba en sus despachos
que con calor la guerra prosiguieran,
y no diesen lugar jamas á tratos.
Así á los españoles despreciára
su consentido rey; como rebaños
viles los considera. Una victoria
le hiciera mas tratable, mas humano.

Los regentes por fin en Rioseco
algunas tropas fueron congregando.
El virey de Navarra les envía
un competente ausilio de soldados,
y el portugués con pérfida sonrisa
los ayuda tambien con numerario.
¡Navarra! tú esta vez contribuiste
á entronizar el despotismo infando
en Castilla: no importa, nada digo.
En el dia de hoy todos hermanos
tan solo somos; españoles solo

somos ya castellanos y navarros.
Tú, Portugal, hiciste bien: te importa
mucho soplar la tea en nuestros llanos
de la discordia, que ardan las facciones,
que haya guerra civil, horror y estrago.
Esto te salva: tu ecsistir depende
de nuestra desunion, de nuestros bandos;
te asusta nuestra dicha, y tú te ries
cuando á la España ves sumida en llanto...
¡Guarte! no sea que el leon despierte;
y ¡ay de tí, Portugal, cuando llegado
sea el dia terrible en que la cuenta
tengas que dar por los pasados daños!
No en tí confíes, no te ensoberbezcas
por lo de Aljubarrota: aquel fué un caso
muy singular. Yo apuesto á que un Padilla
allí te hubiera dado un desengaño
á tus tropas venciendo, y españoles
serían por entero Duero y Tajo.
Mas bien que incorporarte á la Castilla,
prefieres la tutela del britano,
y su ley acatar siervo sumiso,
que no hacer parte del imperio hispano.

Pues bien, sigue adelante en tu política,
desprecia al leon, inciensa al leopardo;
mas tu interés ignoras, si te obstinas
en formar siempre un reino separado.
De las tropas reunidas los regentes
nombran por general al Conde de Haro,
joven valiente, espíritu fogoso,
sagaz, robusto y escelente táctico.
Digno rival encuentras, ó Padilla;
digno es tambien de vos vuestro advérsario,
Conde: ya sé que le apreciais, por eso
os tengo afecto. ¡Que destino infausto
estos dos campeones frente á frente
en perjuicio coloca del estado!
Ellos para sentir mas bien nacieron
de la santa amistad los dulces lazos.
¡Y han de ser enemigos! ¡Suerte dura!
mas es forzoso que se cumpla el hado.
El Conde conociendo que aun es débil,
no se atreve á salir á campo raso.
Quieto se está cual general prudente,
poco á poco sus filas engrosando.
La artillleria aguarda que Fonseca

ha ofrecido traer. Este hombre aciago
con un golpe de lanzas y arcabuces
la via de Medina sigue osado.
Soberbio se adelanta, no imagina
encontrar el mas mínimo embarazo.
Ni como es de creer que un pueblo inerme
pueda hacer frente al bélico aparato
que se presenta ante él? Los medinenses
empero sabrán bien escarmentarlo.
Apenas se divulga la noticia
de que Fonseca en escuadron formado
á sus puertas se acerca con intento
de sacar los cañones confiados
á su custodia, cuando enfurecido
el pueblo, delirante, entusiasmado,
juran todos morir antes que logre
su bárbaro designio depravado.
Pues bien sabian la intencion aleve
de usar de aquellos bronces, asestando
sus tiros á los pechos comuneros.
Con increible afan todos aunados
corren, se precipitan, se apresuran,
los unos grandes vigas arrastrando;

Otros arrancan con agudos picos
el grueso pedernal del empedrado
que ha de suplir al proyectil que falta.
Varias cuadrillas con ardor cavando
están en las entradas cortaduras
para de los que vengan cabalgando
el ímpetu frustrar: detras levantan
un alto valladar todo él formado
de tablones de pino y alfagías,
cubas vacías, multitud de carros:
los muebles todos del hogar doméstico
van á estorbar la entrada á los tiranos
en aquel pueblo heróico. No piensa
nadie en guardar la hacienda: muchos fardos
de ricas mercancías se destinan
á formar parapetos. Con los paños
tan famosos entonces de Medina,
estameñas tambien y lienzos raros,
con todo aquello en fin que mas estiman
una fuerte barrera levantaron.
De ella al abrigo con las pocas armas
que pudieron juntar, dejando claros
por donde puedan ofender impunes,

al contrario tranquilos esperaron.
Otros con mas arrojo, al descubierto,
subidos en lo alto, en los tejados,
para de allí ofender al enemigo
gran provision han hecho de guijarros.
Las iglesias en fuertes se convierten,
atalayas son ya los campanarios,
y los cañones que á buscar venia
Fonseca, contra sí verá cargados.
Todo se finaliza en poco tiempo,
porque el pueblo trabaja sin descanso,
pues cuando el patriotismo al pueblo aguza
realiza prodigios y milagros.
Era de ver la actividad pasmosa
que anima á todos jóvenes y ancianos:
los tiernos niños y aun el secso hermoso,
los enfermos aun, los eclesiásticos.
Todos con noble ardor segun sus fuerzas
á la obra concurren. Con sus manos
construye cada cual alguna cosa
que sirva de defensa en el asalto.
Cual enjambre de abejas zumbadoras
por las calles y plazas derramados,

en aparente confusion se agitan
los de Medina, ansiosos esperando
la llegada del sátrapa orgulloso
á quien mirar desean humillado.
Ya á lo lejos se ven brillar las picas,
ya se acerca el instante. Al arma, bravos;
antes que sucumbir al despotismo,
en vuestras propias ruinas sepultaos.
La campana mayor vibra sonora,
con redoblado son toca á rebato,
y os avisa que al punto á vuestros puestos
marcheis con diligencia á presentaros.
Cuando llegó Fonseca con su tropa,
tuvo que detenerse mal su grado,
porque mira cerrada la avenida.
Un clamor general, ronco, espontáneo
súbito por los aires se difunde,
y allá resuena sordo en el espacio.
Mil dicterios, mil títulos infames
vomita con furor el populacho
contra los invasores, los desprecia,
los abomina y trata con escarnio.
Un momento suspenso está Fonseca

al ver aquel denuedo no esperado.
Arremete por fin, la lucha empieza,
se acercan sitiadores y sitiados:
aquellos pugnan con feroz empeño
por romper las defensas, mas en vano.
Los otros los rechazan fácilmente
á favor de sus líneas resguardados.
Rabiosos los soldados de Fonseca
su pericia y valor viendo frustrados,
en peloton se juntan, y al empuje
cede de sus esfuerzos un tablado.
Vencedores con esto se figuran.
y por aquel portillo penetrando
en las calles con ímpetu, acuchillan
á todos los que encuentran á su paso.
Mas no por esto se amilana el pueblo;
vueltos del primer susto los paisanos,
con nuevo brio acuden al combate:
al enemigo tienen ya cercado,
le abruman con su sola muchedumbre,
y el terreno perdido palmo á palmo
van recobrando. Fuerte es la refriega,
el trance pertinaz, desesperado.

No el esgrimir las armas es posible,
para ofender apenas hay espacio:
confundidos allí, revueltos todos,
pelean cuerpo á cuerpo, brazo á brazo.
Por fin los invasores retroceden
por no esponerse á entero descalabro,
pues ya perdido habian de los suyos
considerable número: diezmados
están sus tercios, los que quedan vivos
heridos se retraen, malparados.
Lo que mas los molesta en esta lucha
es el contínuo y sin igual disparo
de una nube de piedras que incesante
ni aun respirar los deja. Rechazados
huyen por fin, y á unirse van confusos
con los que afuera estaban esperando.
  Victoria cantan ya los medinenses,
y el parabien se dan. ¡Ah desdichados!
es cierto vencereis, pero aun no es tiempo:
el triunfo lograreis, pero muy caro
os costará. Fonseca en ira ardiendo,
viéndose en su propósito burlado,
trata de amedrentar á los vecinos

de la invicta Medina. Ya obcecado
su espíritu, feroz se precipita
de maldad en maldad. Cruel y bárbaro
manda arrojar granadas á los techos
para que prenda el fuego, y que entregados
los moradores á apagar la llama,
pueda él su intento conseguir á salvo.
Ya el humo anuncia en denso torbellino
el incendio fatal, ya está logrado
tu impío estratagema, Antonio: mira
el fuego propagarse rechinando
de casa en casa: el viento le embravece,
y es ya casi imposible el atajarle.
¿Tú así no lo querias? Pues penetra
en la heróica villa, corre ufano,
¿qué te detiene? los cañones busca,
y llévalos en triunfo hasta tu campo...
Quita, traidor, no huelles atrevido
ese recinto de héroes, sagrado.
Destructor de tu patria, huye, no quieras
con la vida pagar tus atentados.
Los medinenses impasibles viendo
arder sus casas con estóico ánimo,

sus familias olvidan, solo piensan
en vengar con la muerte sus agravios.
Tigres furiosos son, fieras se han vuelto:
á Fonseca buscando despechados,
su ecsistencia desprecian, salen fuera
ó vencer ó morir todos clamando.
Mientras aliente solo un enemigo,
mientras Medina vea sus odiados
pendones tremolar, cunda el incendio,
á pavesas y escombros calcinados
redúzcase la villa: no por eso
siquiera volverán el rostro airado
á contemplar el horroroso fuego.
Que perezca la patria: es necesario
esta leccion sublime y espantosa
á los tiranos dar. Cuando miraron
tal encarnizamiento, tal porfía,
de admiracion y asombro se pasmaron
los de Fonseca: él mismo estremecido
y de remordimientos devorado
al ver los males que causára, teme
por su vida tambien el inhumano.
De pronto del clarin se oyen los ecos,

y empieza á retirarse el incendiario
egército por órden de escalones,
en su fuga cruel abandonando
muertos y heridos. Grande es su derrota,
grande su mortandad: mustios, callados
prosiguen su camino, y los maldice
la posteridad justa con escándalo.
Era la hora en que el gañan alegre,
populares canciones entonando,
á su rústico albergue se dirige
con su yunta feliz, vuelto el arado;
ausente Febo, dura todavía
una dudosa claridad, velando
por grados á la vista los objetos:
cuando los medinenses desgraciados
al par que victoriosos consiguieron
ahuyentar de una vez á sus contrarios.
Vuelven la vista á los paternos lares,
y miran ¡ó dolor! ¡ó triste cuadro!
una gran llamarada, inmensa hoguera
que destruye voraz casas, palacios,
templos y monumentos. Cuando hubieran
necesitado mas de los alhagos,

de las caricias y cuidados tiernos
de amorosa familia, quebrantados
de tanto pelear, aun sin curarse
las recientes heridas, se encontraron
sin casa, sin hogar: y aun es preciso
disputar á las llamas esforzados
los tristes restos, las ardientes ruinas
de la que fué su patria. ¡Infortunados!
Despues que amaneció se hizo patente
aquella gran calamidad. Los barrios
de la hermosa Medina tan lucidos
¿qué se han hecho? La plaza del mercado
llena de ricas tiendas y almacenes
de joyas, pedrerías y brocados,
¿en qué se ha convertido? Dí, Medina,
¡pobre Medina! tu esplendor pasado,
aquella tu opulencia, tu grandeza
¿en qué vino á parar? Fuerza es mirarlo
para poderlo creer. Ayer tu suerte
con envidia de propios y de estraños
era admirada: todos bendecian
la linda villa cuyo nombre arábigo
su fundacion recuerda desde el tiempo

en que los sarracenos, los sectarios
de aquel famoso código nacido
en la Arabia feliz, el sanguinario
ridículo Coran, fieros, valientes,
casi toda la España esclavizaron.
En su grata ilusion ellos procuran,
una nueva Medina edificando,
copiar aquella que á su mal profeta
y á su ley vida dió. ¡Con qué cuidado
la adornan, la hermosean! ¡Cual se esmeran
cada uno á porfía, recordando
la ausente patria, en añadir preseas
á aquel rico joyel! Despues andando
los tiempos y la cruz triunfante siempre,
cuando vino á poder de los cristianos,
se conservó magnífica: los condes
primeros de Castilla la ecsornaron
con nuevas galas, y despues los reyes
sus fueros y franquicias aumentaron.
Su fortuna creció de dia en dia,
y llegó á ser en tiempo de Fernando
el quinto de Aragon emporio y centro
general del comercio y de los tratos.

Ella en su seno próvida atesora
crecidas cantidades en metálico,
que luego á la nacion por mercancías
de toda clase distribuye en cambio.
Ya en un monton confuso de cenizas
se convirtió su pompa, su boato,
y la Palmira de Castilla en ruinas
yace infeliz. Aquel inesperado
golpe que destruyó tantos tesoros,
causó al comercio universal quebranto
en todo el reino : las provincias todas
aquella gran desgracia lamentaron.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Hacia tiempo ya que en Tordesillas
la junta comunera celebrando
sus sesiones se hallaba. Muchas leyes
habian hecho ya los diputados
justas y necesarias. Doña Juana
la reina madre todos los despachos

con su sello real autorizaba,
y dóciles los pueblos á su mando,
respetaban su nombre. Infatigable
Padilla sin tomar ningun descanso,
instruye á los soldados, y á los pueblos
ecshorta sin cesar á que los pactos
cumplan fielmente de mandar ausilios
de hombres y de caudales. Meditando
contínuamente está cuales los medios
y recursos serán mas adecuados
de hacer triunfar tan generosa empresa.
En Valladolid ya meses pasados
estuvo, donde el pueblo le recibe
como á un libertador; y dispersados
los miembros del consejo, de aquel cuerpo
tan odioso á Castilla, tan tiránico,
recogido el archivo y el real sello,
se vuelve á Tordesillas, encargando
de la córte el gobierno á los prohombres
mas eminentes, mas acreditados
del partido del pueblo. A su regreso
sus escuadrones encontró aumentados,
pues el obispo Acuña fervoroso

á un tiempo despreciando mitra y báculo,
viste la cota, cíñese la espada,
toma el escudo y el bruñido casco,
su grey reune, la entusiasma, y lleva
resueltos á la lid mil zamoranos.
Entre ellos cuatrocientos sacerdotes,
pues en aquellos tiempos alejados
nadie estrañaba ver á los presbíteros,
monges y obispos desdeñar el claustro,
la iglesia abandonar, y en la milicia
alistarse valientes. Este rastro
de costumbres antiguas aun quedaba
desde los moros que con sus rebatos
y entradas violentas constreñian
á que sin distincion de edad ni estado
todos se armasen, acudiesen todos
con presta decision á rechazarlos.
Así se vió tambien al gran Cisneros
con multitud de clérigos armados
cuando estuvo en Oran, y su conquista
enfrenó á los piratas africanos.
¿Y á principios del siglo, en nuestros dias,
no vimos sacerdotes que empuñando

las armas con valor, contribuyeron
en mucho á la victoria que á los francos
de nuestro suelo allende el Pirineo
echó, su independencia asegurando?
En su opinion Acuña era inflecsible,
siempre fué de la liga partidario,
pero de genio tétrico y adusto:
ningun medio gustábale templado.
Dejábase arrastrar de la violencia
de su pasion: en todo era estremado,
furibundo y tenaz. De su porfía
nunca cedió: jamás los ruegos blandos,
lisonjas ni amenazas consiguieron
su corazon mover férreo, acerado.
Por otra parte intrépido guerrero,
nunca el peligro consiguió arredrarlo:
de la pelea se retira el último,
y la muerte y el fuego arrostra impávido.
Mas perjuicio causára él á la liga
que si fuera enemigo declarado.
Solo sirve en el campo de batalla,
en el consejo su sentir no es válido,
pues aun antes de hablar ya todos saben

que ha de ser violento, ecsagerado.
  Débil Giron sin resolverse nunca,
ya le pesa del vuelo agigantado
que ha tomado la causa de la liga;
quisiera hallar un medio honesto, honrado
que el ansia general satisfaciera,
y que á todos dejase asegurados.
Él en verdad mas bien que por afecto
tomó partido en el popular bando
por un resentimiento contra el César.
De milicia y de guerra poco práctico,
oye el estruendo de las armas, túrbase,
y con valor, no sabe demostrarlo.
  Adictos á la liga y á Padilla,
muy diferentes son los Maldonados:
dóciles á las órdenes del gefe,
jamás las interpretan. Resignados
contentos obedecen, ni en un ápice
intentan separarse del mandato.
Ambos de los primeros concurrieron
á los de Salamanca acaudillando;
son el nervio y apoyo de la liga,
y en todo encuentro juntos pelearon.

¿Y de tí qué diré, campeon insigne,
de indomable valor norma y dechado,
inseparable amigo de Padilla,
orgullo de Segovia, heróico Bravo?
Siempre amable y risueño, no ambiciona
otra felicidad, placer ni lauro,
sino verle y oirle, complaciéndose
su gloria en aumentar: el toledano
ni aun tiene que esplicarle sus proyectos;
Bravo con un instinto delicado
en sus ojos conoce y en su frente
lo que desea: al punto á ejecutarlo
rápido vuela, y satisfecho huélgase
de haber su pensamiento penetrado.
Todo lo vé, registra y ecsamina,
nada se oculta á su sagaz cuidado.
Es cosa bien sabida: de la liga
Padilla es la cabeza, Bravo el brazo.
«Yo creo, Giron dice, conveniente
intentar aunque leve algun amago
contra los enemigos, aun son pocos,
y es bueno desde ahora intimidarlos.
Bien sé que la estacion no es á propósito;

pero en fin... me parece sin embargo
que á lo menos... á veces la victoria
coronar suele un brío temerario.
Decidnos, general, vuestros intentos,
y que plan de campaña habeis formado.
Con nosotros contad á todo trance,
pues resueltos estamos á ayudaros.
Yo aunque el Conde proponga algun partido..»
«Todo camino queda ya cerrado,
Padilla replicó, para que pueda
ningun convenio haber, ningun contrato
entre los imperiales y nosotros.
De vuelta de Alemania están los cuatro
comisionados que envió la junta
á presentar al rey los justos cargos
de nuestra desventura: despreciólos,
ni siquiera de oirlos se ha dignado.
Colérico ni aun verlos solicita,
y órden les comunica que si un paso
mas adelante dan pidiendo audiencia,
pagarán con la vida su descaro.
No queda mas recurso que la guerra,
no nos escucharán sino triunfando.

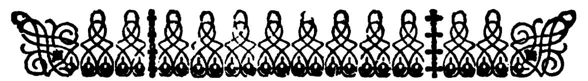
Yo pienso con vigor acometerlos,
embestir de sorpresa á Villalpando
dó están sus almacenes, y en seguida
al mismo Rioseco hacer teatro
de sangrientas escenas: allí el fómes,
allí la fuente está de nuestro daño.
Atajarlo sabré; mas es preciso
que el rigor del invierno ceda un tanto,
y que reuna la caballería
que han ofrecido los confederados.
En esta arma los otros son mas fuertes;
y así para poder contrarestarlos
algunos mas ginetes necesito,
que estos el triunfo dan en país llano.
Por lo demás no hay dia en que los nuestros
dejen de hostilizar á los contrarios.»
¡«Ira de Dios! Acuña le interrumpe,
¡con qué tranquilidad estais hablando!
Que la liga no tiene ya enemigos
cualquiera juzgaría al escucharos.
¡Qué! ¿Todavía no pensais moveros?
así correspondeis á vuestro encargo?
otro que vos no fuera tan prudente,

y mucho mas hubiera adelantado.
Que me nombren á mí, verán que presto
todo lo venzo, todo lo avasallo,
y con vida no dejo un enemigo
ni un pueblo en pié que se resista insano.
Yo no entiendo de inviernos, solo quiero
las armas empuñar, salir al campo,
blandir la lanza, y esgrimir la espada:
el que es valiente nunca está encerrado.»
«Señor obispo, por demás, os digo,
Padilla le responde, habeis hablado.
¿Me tratais de cobarde? ¡Vive Cristo!
que si no fuera parte á disculparos
vuestra edad avanzada y el carácter
tan digno de respeto, tan sagrado
de ministro de Dios, os juro, Acuña,
que vuestro atrevimiento y desacato
habiais de pagar. Soy vuestro gefe,
sabedlo, pues, que estais de ello olvidado.
No consentiré mas que inferior mio
insulte mi valor con torpe labio.
Siempre lo he dicho: sois el enemigo
que mas deben temer nuestros hermanos.

Lo echais todo á perder con vuestra furia
y esos locos arranques y arrebatos.
Vos creeis que en la punta de la lanza
está todo el saber: ¡cuán engañado
vivís, señor obispo de Zamora!
Bien se conoce si envidiais el mando,
que ignorais las angustias que le cercan.
Tratad de acomodar los celos vanos,
rivalidades de ambicion, comercio,
pretensiones ridículas, contrarios
intereses que atizan el encono
de pueblo á pueblo. Ved que no contamos
con tropas aguerridas, batallones
dóciles á la voz, disciplinados;
sino con una turba colecticia,
valiente, sí, pero que pocos pasos
está de sus hogares, y no ha mucho
que el duro aprendizage está ensayando
del arte de vencer. Poco me importa
bajar de general hasta soldado,
como no llegueis vos á sucederme:
pues mas os temo á vos, que no al de Haro.»

FIN DEL QUINTO CANTO.

CANTO SESTO.



CANTO SESTO.

Destitucion de Padilla.—Su marcha á Toledo.=Pérdida de Tordesillas.—Fuga de Giron.—Nuevo nombramiento de Padilla para general en gefe.

—

Furioso Acuña, en rabia sofocado
al oir un lenguage tan severo;
quisiera responder, no le es posible,
pues la razon y la verdad á un tiempo
hablaron por la boca de Padilla.
Aunque está poseido de despecho,
conocé en su interior que con justicia
una leccion tan dura merecieron

su arrogancia y orgullo. Cual el tigre
indómito y feroz que en el encierro
de estrecha jaula la disforme garra
convulso muestra, se pasea inquieto:
los ojos hechos ascuas con la cola
sacude sus hijares, salta fiero,
y su impotente rabia se quebranta
de su prision contra el pesado hierro.
Acuña mil proyectos de venganza
allá en su mente queda revolviendo,
y tambien trata por su influjo y nombre
de conseguir el mando del egército.
Vase á la junta, y con calor propone
que nuevo general para el gobierno
de las tropas se ponga: cabalmente
se estaba discutiendo en el consejo
la conveniencia de nombrar un gefe
de noble estirpe, ilustre nacimiento,
que pudiera atraer con su prestigio
á los magnates del partido opuesto.
Padilla es de nobleza secundaria;
y aunque conocen su brillante mérito,
no conviene al presente su servicio.

¡Indisculpable error! ¡Error funesto!
la nobleza orgullosa, encaprichada,
niégales á los pueblos sus derechos:
nunca de buena fé se han reunido
los nobles á tratar con los plebeyos.
Así importa á los pueblos que sus gefes
sean sin escepcion hijos del pueblo.
Esto diré de la nobleza antigua,
no así al presente: con aplauso vemos
confundirse las clases, apreciarse
aun mas que las riquezas el talento,
y esa nueva nobleza, la del alma,
que es el blason mas digno y verdadero.
 La junta al fin elige por caudillo
á Don Pedro Giron, el primogénito
que es del conde de Ureña, y á Padilla
el encargo le dan que vaya presto
y socorra á Toledo amenazada
por las tropas reales que en su asedio
con promesa formal de reducirla,
el prior de San Juan guia resuelto.
 «Vamos, Bravo, preciso es que partamos
dice al inseparable compañero;

con toda prontitud, no solamente
por dar á la real órden cumplimiento,
sino porque tambien mi fiel criado
sesa que vino ayer desde Toledo,
me anuncia que mi esposa enferma y triste
yace postrada en doloroso lecho.
Ansioso de llegar, ya de María
quisiera estar al lado, pues confieso
que su preciosa vida en este mundo
y su salud es lo que mas deseo.
A la liga pujante y poderosa
en auge y esplendor triunfante dejo.
Quiera Dios que Giron sepa imitarme,
y no piense ostentar un valor necio.
El aun á su enemigo no conoce:
de la sagacidad de aqueste temo
algun golpe atrevido que á la liga
haga precipitar en desaliento.
La ocasion de vencer de entre las manos
ahora me arrebata el hado adverso.
Preciso es conformarse: de María
á salvar la ecsistencia por lo menos,
y á librar á Toledo del peligro

pronto y sin dilacion, Bravo, marchemos.»
Seguido de una corta comitiva,
á Medina del Campo vá primero:
allí su corazon siente oprimirse,
al ver las ruinas y el estrago fiero
de una villa tan rica y populosa,
desierta ahora, pobre, sin comercio.
El alma mas y mas enardecida
á su vista, renueva el juramento
de nunca transigir con los tiranos.
Siguiendo su camino por Arévalo,
á Avila llega al fin, de muy antiguo
apellidada de los caballeros;
Merecido renombre, pues conserva
infinitos solares en su seno
de varones ilustres, nobilísimos
que honraron á la España con sus hechos.
Aquí fué donde en córtes reunidos
juraron con valor los comuneros
defender á su rey hasta la muerte,
del mismo modo defender sus fueros.
Algunos aunque pocos quebrantaron
aquel pacto solemne, y eludieron

en su totalidad llenar la oferta,
mas la gran mayoría la cumplieron.
La liga pereció de un modo aciago
por falta de unidad y de concierto;
mas no puede negarse la justicia
con que las córtes de Avila pidieron
la reforma precisa, necesaria
en la administracion, en el gobierno.
Si ella hubiera triunfado, hoy se vería
feliz España y con poder inmenso:
dueña de Portugal, ¿quién osaría
sus iras concitar? Mas de los buenos
la voz se ahogó; los viles, los inícuos,
con arrogancia la cerviz irguieron;
y de entonces acá cual avenida
furiosa que destroza en son horrendo
cuanto encuentra á su paso así los males
por toda la Península cundieron.
Imposible parece que aun ecsista
como nacion aquel hermoso suelo:
su situacion remota y alejada
de la Europa en el límite postrero,
la salvó de la suerte de Polonia.

Hoy que á España amanece un dia nuevo,
era de libertad y de ventura,
un padron de ignominia queda eterno
que nos legó generacion pasada:
El monte de Tarif... ¡ya no es ibero...!
¡Albion! ¡soberbia Albion! ¿quieres la sangre
de un millon de españoles? Yo uno de ellos
al punto el sacrificio de las vidas
con gusto hemos de hacer; pero devuélvenos
á Gibraltar, sé generosa un dia,
tan siquiera una vez... Estoy bien cierto
de que no lo serás. ¡Cual te complaces
en pisar la melena al leon tremendo!
Mas tu hora sonará: tu poderío
es grande Albion, magnífico es tu imperio;
pero su base no es segura y sólida,
su magnitud carece de cimiento.
Son de barro tus pies, como la estatua
que vió Nabuco deshacerse en sueños;
al paso que la España cada dia
en poder y virtud puede ir creciendo,
y competir contigo... no lo dudes;
porque Gebel Tarif debe ser nuestro.

Despues de atravesar el Somosierra
el valiente Padilla con su séquito,
descubren á Toledo en lontananza
erguida descollando en alto cerro.
el padre Tajo sus murallas ciñe,
y en torno la acaricia placentero,
siempre fecundo, magestuoso cauce
conduciendo sus aguas, siempre ameno.

De tiempo inmemorial fuera famosa
en letras y armas la imperial Toledo,
española metrópoli: las artes
y las ciencias en ella florecieron
con pompa y esplendor. Cuando los godos
de España se apoderan, ella el centro
fué de su corte, su cultura y lustre
á todas las naciones fué en proverbio.
Su poblacion creciera sin medida,
y en sus concilios viera ya un remedo
de representacion en córtes. Vino
la conquista despues: el agareno
á España dominando, en vil cadena
tiene sugeto el abatido cuello
del soberbio español; mas no decae

en nada la ciudad, y de su aumento
y adorno cuidan los monarcas moros
que su corte tambien pronto la hicieron.
En tiempo de Padilla, aunque perdiera
mucho de su renombre, rica al menos
e.'a y esplendorosa, y muy poblada.
¿Qué es el dia de hoy...? Un esqueleto
grande y aterrador. En los tres siglos
de despotismo atroz, cual espectro
evocado del báratro profundo,
en pié ha quedado débil, sin aliento.
Manda poner Padilla lanza en ristre,
y to.los juntos sin parar corriendo,
atraviesan por medio de las tropas
que el Prior mantenia en flojo cerco;
pues todavía no apretára el sitio,
cada dia esperando nuevos tercios.
Algunos por estar desprevenidos
pagaron su descuido. Los de dentro,
de las murallas el arrojo miran
de aquellos esforzados caballeros:
conocen á Padilla, abren al punto,
el pesado rastrillo cae al suelo,

y ya se hallan en salvo. Le rodean,
y «viva, dicen, pues que vuelve á vernos
de Toledo la joya mas preciosa,
el mas gallardo, el mas gentil mancebo
de entre sus hijos.» Con sonrisa plácida
él corresponde á tan cordial afecto,
á tan pura efusion : les dá las gracias,
y que le dejen pide acudir presto
á donde está su esposa moribunda.
Ya el umbral pisa, látele en el pecho
con fuerza el corazon: entra anhelante
buscando por el lóbrego aposento
á su cara consorte. Ella abatida,
de la fiebre pasado ya el acceso,
en un estado de flaqueza suma,
siente debilitársele el cerebro.
Mil fantásticos seres se figura
ver elevarse desde el pavimento,
y perderse en los aires, un zumbido
grande, terrible, atronador, molesto
su tímpano atormenta: aletargada,
ni bien descansa en apacible sueño,
ni tampoco despierta está del todo.

De sus marchitos labios entreabiertos
se escapan en tropel sones confusos,
palabras inconecsas. Él con tierno
patético interés coge su mano,
y afectuoso estréchala en su seno.
En ella imprime un ósculo dulcísimo,
y elevando sus ojos ácia el cielo:
«Omnipotente Dios, Ser increado,
ferviente dice. dígnate mi ruego
bondadoso escuchar; no la fortuna
ni la vida te pido, solo quiero
que mi María la salud recobre,
que yo la vea cual en otro tiempo
alegre y varonil. y en mi descarga,
señor, tu ira: múdese el decreto,
y sea yo la víctima espiatoria
que desarme tu enojo. Yo contento
morir quiero por ella: que ella viva,
aunque esto sea de mi vida al precio.»
Voló cual un vapor imperceptible
la súplica ante el trono del Eterno,
y fué aceptada. El ángel de la vida,
el divino Azariel con raudo vuelo

mil veces mas ligero que el relámpago,
á la tierra bajó: llega sonriendo
adonde está María casi ecsánime,
y en las sienes la toca con su dedo.
Huye al momento el mal, se reanima
María, se incorpora sin esfuerzo,
siente un nuevo vigor que se difunde
por sus venas: sus abatidos miembros
se fortalecen, y el carmin asoma
á su tez de alabastro. Con sereno
semblante, faz risueña atenta mira,
de reunir tratando sus recuerdos.
Por fin la vista fija en el esposo,
y enlazando los brazos á su cuello:
«Querido mio, dice, ¿tú á mi lado?
¡Qué placer inefable esperimento
al verme junto á tí, cuando creia
que aun estabas de aquí, Padilla, lejos!
Déjame que te abrace, que te estreche,
ya no te he de soltar, porque recelo
que si otra vez te escapas de mis brazos,
para no verte mas, mi amor, te pierdo.
¡O qué dias tan largos, tan crueles,

qué dias he pasado tan acerbos,
mirándome encerrada en estos muros
sin poderte prestar ningun consuelo,
sin poderte seguir! ¡Cuánto envidiaba
los dias del peligro, del estruendo,
de la batalla en fin, cuando á tu lado
tan solo con mirar el vivo fuego
que tus hermosos ojos despedian,
me enardecia, y con valor siguiendo
tus huellas, crudo estrago al enemigo
aterrado causaba nuestro acero!
A tanto padecer al fin rendida
mi salud sucumbió; de mí en acecho
la torva muerte ya con su guadaña
su víctima reclama; ya me siento
fallecer; mas tu vista, tu presencia
al amor y á la vida me han devuelto.
Aquí me tienes fuerte, venturosa:
con tenerte á mi lado, no apetezco
otra felicidad. Pero, amor mio,
de mi resolucion hacerte quiero
sabedor, nada ya de tí en el mundo
separarme podrá, juro y ofrezco

tu fortuna arrostrar, seguir tu suerte,
y sostener tu causa hasta su término.»
En esto Sesa con el niño en brazos,
el pequeño Padilla infante tierno,
en la puerta aparece; corre al punto
cuando le vé la madre, y al encuentro
sale del hijo, se lo arranca, y férvida
su encantadora faz cubre de besos.
Con altanera planta luego al padre
se lo presenta alegre, no pudiendo
disimular el estremado júbilo
que inunda de placer su amante pecho.
Padilla enternecido y amoroso
al niño vá á abrazar; el pequeñuelo
no acostumbrado al trage y armadura,
se asusta al ver las plumas de su yelmo;
llora, y refugio busca amedrentado
en el materno conocido seno.
El padre se despoja de sus armas,
y deja la cabeza al descubierto.
Así consigue al fin apaciguarle,
y en sus robustos brazos dulce y ledo
él acaricia al hijo idolatrado.

¡O instantes envidiables! ¡O momentos
de dicha celestial! ¿Por qué tan pronto
se acaba vuestro mágico embeleso?
En aquel mismo punto oscuro cruza
rápido por su mente un pensamiento
que acibara su dicha. ¿Cuál la suerte,
qué horóscopo feliz, qué hado funesto
habrá de presidir en adelante
á los destinos prósperos ó adversos
de aquel niño querido? ¡Ay! que de un padre
este es el torcedor mas crudo y fiero.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Al punto que Giron tomára el mando,
orgulloso con él, torpe, indiscreto
sus tropas encamina al enemigo,
estando en lo mas recio del invierno.
Veinte mil comuneros acaudilla,
gente toda de á pié, y algunos cientos
de medianos ginetes: van gozosos
en santo amor de libertad bullendo.

De Giron á las órdenes marchando
varios gefes se ven fuertes, espertos:
tales los Maldonados, luego siguen
otros no menos ágiles y diestros;
Águila, Quintanilla, Figueroa,
Rojas, Tovar y Ortega de Toledo,
Godinez, Bracamonte, Palomares,
y Cruz y Villagran, Villena el fiero,
Avalos, Pimentel, Zapata, Laso.....
aquel Laso que al rey hablára intrépido
cuando en Santiago resonar hiciera
de la santa verdad los fuertes ecos;
y que despues iluso, acobardado,
aturdido quizá, perdido el seso,
desertó las banderas de la liga,
por no decir traidor, cobarde al menos.
El mismo plan que proyectó Padilla,
cuando caudillo fué Giron siguiendo,
derecho se dirige á Villalpando,
villa del condestable: de ella dueño
como sobrino que es de aquel regente,
al punto se hace, pues con fiel afecto
le abre el gobernador las fuertes puertas.

Ufano de tan fácil vencimiento,
prosigue su camino, y vá á acamparse
á la vista del mismo Rioseco.
Allí forma sus tropas en batalla,
hace vanos alardes, llama á reto
al Conde y á su gente, que impasibles
escuchan sus bravatas con desprecio:
como la astuta zorra guarecida
de peña innaccesible allá en el hueco,
se burla de ladridos y amenazas
de impetuosa cuadrilla de sabuesos.
Giron tiene por fin que retirarse,
porque le faltan los mantenimientos.
Vuélvese á Villalpando, falta enorme,
bien que en él fué traicion. ¿Peroqué hicieron
los celadores de la junta imbéciles,
tal desman y tamaño desacierto
aprobando? No fueron, no, traidores,
pero muy dignos, sí, de vituperio.
A Giron obligáran que al instante
volviese á Tordesillas, defendiendo
con buen presidio al mismo Villalpando;
y el Conde refrenára su ardimiento,

quebrantára sus ímpetus, ni un paso
pudiera adelantar sin grave riesgo
de salir humillado. ¡O tú, Padilla!
¿Qué haces? ¿dónde estás, que no te veo?
No eres el gefe; si lo hubieras sido,
otro rumbo tomára bien diverso
la causa de la liga. En Villalpando
yacen en inaccion los comuneros,
y muchos se retiran á sus casas
poseidos de rabia y sentimiento.
Haro sagaz, con vista penetrante,
y además enterado por los pliegos
que del campo enemigo recibia,
de todo cuanto pasa, va ligero,
como una flecha rápido, desprecia
el frio, las nevadas y los hielos:
como quien se contaba por seguro
de que nadie en su alcance y seguimiento
habia de salir. Mas sin embargo
loable es su valor, tino y esfuerzo.
A principios del mes que capricornio
con escarchas abruma y ventisqueros,
en Tordesillas Haro se presenta,

intimando orgulloso y altanero
que la plaza se rinda á su partido;
la amenaza sino con el saqueo.
Acuña á la sazon allí quedára
encargado del mando con sus clérigos
y otros pocos ginetes y peones.
No conocia el temple de su genio
sin duda el Conde; habiendole retado,
las puertas al instante hubiera abierto,
saliendo al raso. Mas le manda altivo
que las llaves entregue de aquel puesto:
no las entregará; primero en ruinas
mirará desplomarse el universo,
que ceda á una amenaza. Ya se apresta,
y sube á las murallas impertérrito.
Manda el conde que arrimen las escalas,
y el asalto empezó. De rabia ciegos
Acuña con los suyos se defienden
cual rabiosos leones. Los primeros
que llegan á pisar los altos muros,
caen teñidos en su sangre al suelo.
Suceden otros, y la misma suerte
cábeles infeliz. Por mas esfuerzos,

por mas conatos y terribles ímpetus,
por mas prodigios de valor que hicieron,
no pueden conseguir los imperiales
de aquel estrecho muro hacerse dueños.
Cinco tremendas horas pelearon
unos y otros sin tregua ni intermedio:
es terrible el estrago en los del Conde,
los comuneros poco padecieron.
Si hubiera mas milicia en Tordesillas,
si tuviera á sus órdenes dispuestos
Acuña mas soldados, y al proviso
una salida hiciera violento,
el fervor de su tropa aprovechando,
era perdido el Conde sin remedio.
De otro modo lo ordena la fortuna;
y él mismo su victoria presintiendo,
no quiere retirarse, firme óponese
al parecer de todo su consejo.

Un noble vizcaino cuyo nombre
en la memoria tengo bien impreso,
Dionisio Deza, se apartó buscando
un parage del muro poco espuesto,
y que fácil la entrada permitiera:

en la plaza; le encuentra, vá corriendo,
y al humillado Conde participa
tan próspero y feliz descubrimiento.
Al punto manda al descuidado sitio
la mayor parte de su escaso egército,
y solo deja al frente algunos pocos
que sigan al contrario entreteniendo.
Entra por fin, la apetecida villa
pisa, y por suya la tendrá bien presto.
Con gran ruido de cajas se adelanta,
de sangre y de venganza está sediento:
sus soldados con furia se derraman,
del muro se apoderan, y á los nuestros
cogen desprevenidos, no esperaban
por las espaldas tan estraño encuentro.
Mas pronto vuelven sobre sí: ecsaltados,
ecsasperados de furor, frenéticos,
sin dejar de lidiar unen sus filas,
estrechan sus escuadras, pegan fuego
á varios edificios, esperando
al enemigo detener con esto.
Pero todo es en vano, circuidos,
acosados se ven sin hallar medio,

no digo de triunfar, ni aun de salvarse.
Acuña en este dia hizo portentos
de un valor inaudito; él vale solo
por su pujanza un escuadron entero.
Los soldados del Conde le respetan,
á su presencia por dó quiera huyendo.
Por fin los comuneros convencidos
de que no hay en la villa salvamento
para sus vidas, sin querer rendirse,
aunque la multitud los tiene envueltos,
forman un cuadro, se dirigen todos
á la puerta mas prócsima, rompiendo
la nube de enemigos que los cercan.
¡Ay de los que intentaren detenerlos!
logran por fin salir, ya estan en salvo,
de antemural les sirve el ancho Duero.

Dueños los imperiales de la villa,
el soldado dá rienda al desenfreno,
y antes que el gefe contenerlo pueda,
causaron crudo estrago, daño fiero.
El Conde participa á los regentes
aquel plausible próspero suceso;
ellos al punto allá se trasladaron,

y con astuta maña consiguieron
gobernar por sí solos. Doña Juana
su autoridad les cede y el real sello.
Adriano triunfa, sus parciales vanos
hacen ostentacion de su trofeo;
gime la Libertad, se regocija
la inquisicion cruel, y el mónstruo horrendo
de la traicion se goza fementido
al ver realizados sus proyectos.

Grande la postracion fué y la ruina
en que cayó la liga y el descrédito.
Perdida Tordesillas, el baluarte
y el apoyo mas firme que tuvieron
los federados, se perdió el prestigio
y aquella autoridad, santo respeto
con que los pueblos todos acataban
la firma de la reina. Algunos miembros
de la junta en tamaña desventura
no pudiendo escapar, quedaron presos;
y perdióse tambien todo el archivo,
almacenes, acopios y pertrechos.
¡Ah pérfido Giron! ¿Con qué respondes,
cómo resarces tan inmenso duelo?

Mil vidas que tuvieras fueran poco
para pagar tu loco atrevimiento.
Dí por fin; ¿fué traicion, ó fué ignorancia
del arte militar? ¿O fué un efecto
de tu arrojo inprudente y temerario,
de ciego frenesí, de ardor guerrero?
disculpate... ¡«Traicion! ¡Traicion! esclamàn
tus víctimas, escucha sus acentos;
y con rabia «¡traicion»! tambien repiten
las jentes y la historia de tu tiempo.
Mas aun quedan recursos, todavía
no se ha apagado el entusiasmo y fuego
que á Castilla animó; subsiste entera
Valladolid. Allá se dirigieron
los de la junta que salir lograron
de Tordesillas. Los regentes fieros
la intiman que su mando reconozca,
y que no olvide tan reciente ejemplo:
así podrá las iras del monarca
evitar; sino, tema el escarmiento.
Los de Valladolid con arrogancia
que no se entregarían respondieron,
y para defenderla se arman todos

hasta triunfar ó sucumbir resueltos.
Bien, valisoletanos, yo os aplaudo;
firmes, paisanos mios, manteneos
que Padilla muy pronto entre vosotros
á sostener vendrá vuestros esfuerzos.
Trastornado Giron, estupefacto,
al contemplar el mal que él solo ha hecho,
que resolver no acierta, se confunde,
indeciso fluctúa, está perplejo.
El egército sigue en Villalpando,
y cada dia se halla mas espuesto,
pues cercado se encuentra por el Conde,
y á no salir de allí, su daño es cierto.
Francisco Maldonado con instancia
guiado del mas puro ardiente celo
por la causa comun, hace presente
á Giron que es preciso en el momento
mover las haces, levantar el campo.
la villa abandonar. «Aquí qué hacemos?
dice; la desercion en nuestras filas
es cada vez mayor: el Conde atento
á nuestra perdicion, nos vá cercando,
y si dos dias mas nos detenemos,

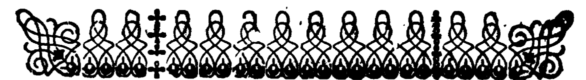
el tiempo malgastando en ocio inútil
no podremos salir aunque quisiéramos.
Voy pues á acelerar nuestra partida.»
Y la espalda volviéndole colérico,
sale, y publica al punto la jornada.
Giron á este discurso tan enérgico
nada puede oponer, y subyugado
por su gran ascendiente, obedeciendo
cuando mandar debiera, dócil sigue
el general impulso, y en el centro
de la batalla al punto se coloca,
segun le indica Maldonado diestro.
La marcha empieza lenta y silenciosa,
no sin escaramuzas y reencuentros;
pero en la retaguardia Maldonado
incansable se muestra, conteniendo
por doquiera los ímpetus del Conde.
Tambien las nieblas favorables fueron
en esta retirada. Con trabajo
y gran penalidad al fin pudieron
siempre á los imperiales rechazando,
verse libres por fin los comuneros.
Con gran gloria conduce Maldonado

hasta Valladolid salvo el ejército,
y allí descansa. Con angustia y susto
al mirarse Giron hecho el objeto
de la ecsecracion pública, se fuga
de la ciudad envuelto en el misterio,
y cautelosamente se dirige
á Tordesillas. Le reconocieron
las avanzadas al pasar á escape,
ya los últimos puestos trasponiendo.
Dispáranle con rabia algunos tiros,
y en sus oidos el silvido oyendo
de veinte balas, tuvo la fortuna
en tal peligro de salir ileso.
La junta comunera constitúyese,
y sus sesiones ábrense de nuevo.
Ya tarde arrepentidos, reconocen
la falta que imprudentes cometieron
prefiriendo á Giron, y postergando
á Padilla con mengua y vilipendio.
De repararla tratan, y por gefe
aclámanle otra vez: luego á Toledo
despachan al valiente Maldonado
para hacerle saber su nombramiento,

pues de él la patria su salud espera.
Con fuerte escolta pónese al momento
en marcha, á los contrarios evitando,
como práctico que es de aquel terreno.

FIN DEL SESTO CANTO.

CANTO SEPTIMO.



CANTO SEPTIMO.

Vuelta de Padilla.—Toma de Torrelobaton por los comuneros.—Batalla de Villalar.—Muerte del héroe, de Juan Bravo y Francisco Maldonado.

—

Dos contrarios afectos me combaten
al ir adelantando en mi carrera,
y á su fin acercándome. Cansado,
abatido mi espíritu, desea
al término llegar, ver concluido
este trágico asunto, este poema.
Temo por otra parte aprocsimarme
al instante fatal, hora tremenda

en que la atroz cuchilla el fiero golpe
sobre Padilla descargar se vea ;
pues es tal la amistad que le profeso,
tanto alargar su vida me interesa,
que por tratar con él, verle y oirle,
prolongar mi trabajo yo quisiera
indefinidamente. Mas es vano
mi desear: la muerte ya se acerca,
y con adusto ceño se prepara
á saciar su furor. Mi voz flaquea,
mi mente se conturba; ven, Calíope,
permite que recline mi cabeza
en tus divinos hombros: yo padezco
una mortal congoja.... se me hiela
la sangre, y en mis huesos siento un frio
que penetra fatal hasta la médula...
socórreme. . . . .

. . . .

. . . .

. . . . . ¡Ay de mí... Musa divina,
será hácia tí mi gratitud eterna
por los muchos favores que te debo,
y esta de tu bondad última prueba.

Tú que hasta aquí me has inspirado, sigue
dispensando á mi númen tu influencia;
el propósito sigo: hasta acabarla
vuelvo á emprender de nuevo mi tarea.
Al recibir Padilla la noticia
de aquella lamentable triste pérdida
y de su promocion, se arma al instante,
y su partida con vigor apresta.
Sale, y le sigue juventud lozana
que dócil á sus órdenes se muestra.
Tanta prisa se dan, tal se apresuran,
que mas que andar, diríase que vuelan.
Padilla á su pesar dejó á su esposa,
solo encargando á su criado Sesa
el hacerla entender que en bien de todos
convenia al presente aquella ausencia;
que salir de Toledo nunca intente
hasta que él vigilante se lo advierta,
pues allí está mejor, para que al hijo
conserve y cuide. Juntos todos llegan,
y ya en Valladolid entran gozosos.
El pueblo acude en multitud inmensa
y en vítores prorumpe al ver al héroe.

Avívase de nuevo y se acrecienta
en todos la esperanza, nadie duda
de un feliz resultado en la contienda
teniendo tal caudillo, y á porfía
se alistan todos bajo sus banderas.
En poco tiempo vióse reunido
un buen golpe de tropas: las alienta
Padilla, en lo posible las instruye,
y para la batalla las ordena
en compañías fijas con sus gefes
que celen su conducta y obediencia.

Queriendo aprovechar el entusiasmo
de sus huestes, su ardor y efervescencia,
las lleva al enemigo, las obliga
todos los dias á trabar pelea,
y perdido ya el miedo del soldado,
todo lo emprende, nada le amedrenta.
Intrépidos se arrojan al combate,
y los peligros con valor desprecian.
Por todas partes los contrarios huyen,
y se retiran á sus fortalezas,
dejando libre el campo. Ya la liga
vuelve á inspirar temor, ya la respetan,

porque es Padilla el gefe. Deseando
encontrar medio de lavar la afrenta
de Tordesillas, y ganar renombre,
haciendo ensayo de sus propias fuerzas,
el egército mueve, marcha rápido,
á Torrelobaton embestir piensa.
Le importa mucho conquistar la villa,
pues es de Tordesillas la defensa:
si de aquella consigue apoderarse,
ésta muy pronto le abrirá sus puertas.
Acia fines de Enero sus pendones
planta Padilla al pié de las almenas
de Torrelobaton, y la circuye.
Observando las leyes de la guerra,
despacha á Pimentel para que intime
á su gobernador haga la entrega
de aquella plaza, pues se vé cercado
por fuerzas superiores y dispuestas
á asaltarla, si al punto no se rinde.
Como era regular aquel se niega
á tal solicitud. Padilla entonces
manda que sin tardanza se prevengan
todos á la embestida, y á los gefes

encarece el valor de aquella empresa.
«De aquí, les dice, la victoria pende;
de la liga la ruina ó la ecsistencia,
su triunfo ó su desgracia lamentable
consiste en que estos muros nuestros sean.
Nunca jamas se diga que cobardes
ni defender ni acometer supieran
los comuneros una plaza fuerte:
ó Torrelobaton es pronto nuestra,
ó al pié de sus murallas hasta el último
hemos de perecer; que aquesta sea
resolucion inalterable. Marcha,
Maldonado, y ocúltate á la izquierda
allí en aquel pinar con tus ginetes,
y sal de la emboscada cuando veas
que algun socorro llega á los sitiados;
los demas al asalto con presteza.»

Dá la señal de al arma, y distribuye
todas las compañías de manera,
que en círculo completo bloqueada
quedára en derredor la villa entera.
A los arcabuceros pone al frente
y alguna artillería aunque pequeña,

para que vayan despejando el muro.
A la gente de pica detras deja
con las escalas: él mantiene el campo
con la caballería en la reserva.
El primer dia firmes los sitiados
con valor se defienden y entereza;
donde acudir no saben, pues son muchos
los puntos atacados, mas pelean
con decision, y casi ya rendidos,
sobreviene la noche, y se libertan
del furor del soldado comunero.
Al pié de las murallas vivaquea
Padilla con los suyos, observando
la mas estricta rígida cautela.
avanzadas y guardias numerosas
pone de trecho en trecho, y les recuerda
la obligacion precisa, indispensable
de nunca desmayar, de estar en vela.
Él mismo visitando el campamento,
hasta muy tarde no acudió á su tienda
á tomar el descanso necesario,
y aun esto porque Bravo se lo ruega,
y se ofrece á quedar en lugar suyo.

Poco á poco se apagan lás hogueras,
y la algazara y grita van cesando:
profunda oscuridad en torno reina,
y un completo silencio interrumpido
de vez en cuando por el centinela
que con voz destemplada y alarido
agudo al compañero dá el alerta.
Ya por el lado del oriente asoma
alguna claridad, y ya alborea
la sonrosada aurora, á los mortales
trayendo el dia por que tanto anhelan.
Las cajas y clarines con estrépito
de acudir á las armas dan la seña,
y volver al ataque. Se preparan,
y á renovarse empiezan las escenas
de la víspera: en nada los sitiados
aflojan de su empeño y resistencia,
y mantener la plaza al fin consiguen,
á punto varias veces de perderla.
Esto no es de estrañar; en aquel tiempo
en que no habia artillería gruesa,
cualquier débil muralla contenia
de un ejército entero la braveza,

y solo á fuerza de heroismo y sangre
vencia el sitiador. Con rabia observa
esto Padilla, y se propone él mismo,
al asalto subir para que ceda
de los sitiados la constancia y brío,
ó bien la vida en la demanda pierda.
Ya á cumplir su propósito marchaba,
cuando mira venir á rienda suelta
de los de Maldonado un caballero
que le avisa que vienen y estan cerca
las tropas enemigas por el lado
de Tordesillas. Muda de sistema
en el acto Padilla: á Acuña envía
para que á los cercados solo atienda,
y él con su gente fórmase en batalla.
Era el Conde con toda diligencia
al socorro viniendo de la villa.
De lanzas allegó mas de quinientas
y hasta dos mil peones: en columna
acomete cerrada, pues espera
por el centro romper al enemigo.
El choque firmes y con faz serena
por la voz animados de su gefe

aguantan con valor, no titubean
los comuneros. Por dó quier Padilla
su arrojo señaló con mil proezas
en este dia : su venganza sacia,
y largo rastro en pos su lanza deja.
En un encuentro con el Conde hallóse,
y ambos se arremetieron con fiereza
sin conocerse. Cada cual pasmado
de su enemigo admira la destreza,
pues no pueden herirse. Sobreviene
un peloton de combatientes: cesa
el duelo entre los dos, pues separados
á su pesar se miran. Ya no piensa
el Conde en proseguir, se halla vencido,
y á retirarse en órden ya comienza;
cuando súbito acude Maldonado
cual rápido torrente, y desordena
todas las filas; los del Conde pásmasen,
y poseidos de terror se entregan
á vergonzosa fuga. Ya es derrota,
que retirada no. Con rabia ciega
siguen los comuneros el alcance,
y en la matanza con furor se ceban.

Padilla cuidadoso se adelanta,
recelando los trances de la guerra,
pues de la confianza en el esceso
consiste que en desgracia se convierta
á veces la victoria. Algo distante
divisa á Bravo en desigual pelea
con un guerrero de apariencia noble:
éste le tira una estocada fiera
de que Bravo se libra con un quite,
de lleno descargando en su cabeza
á dos manos un tajo furibundo.
Aturdido quedó, se bambolea
el caballero; y á no ser tan fino
de su yelmo el acero, allí fin diera
su vivir. Pero Bravo en el instante,
con otro golpe rematarle intenta.
Ya el brazo tiene alzado; mas Padilla
que no muy lejos su intencion penetra,
con fuerte voz le grita: «gracia, gracia,
es mi competidor.» Bravo suspensa
deja el arma en el aire: reconoce
aquel eco imperioso, y le respeta
bien que á despecho. Como suele el oso

de un diestro saboyano en la cadena
obedecer humilde sus mandatos,
por mas que ahogado de furor se sienta.
«Este noble adalid, Padilla dice,
hoy se midió conmigo en la refriega,
y te juro que es ágil y valiente,
pues herirle no pude. Libre vuelva
á los suyos, repóngase del daño,
nos veremos despues: solo quisiera
á mi adversario conocer. Dignaos,
caballero, de alzar vuestra visera,
y sepamos quien sois. ¡Cielos..! ¡el Conde..!
No importa, bien está: lo que mi lengua
pronunció ratifico. Ya sois libre,
idos cuando gusteis: mas tened cuenta
de que la vida me debeis, y os reto
á singular combate cuando pueda
vuestra salud sufrirle. Señor Conde,
tal vez teneis formada errada idea
de lo que son los comuneros: vedlo,
y de hoy mas abjurad vuestra creencia.
Adios.» Los dos amigos retroceden,
y á la villa los pasos enderezan,

sus tropas conduciendo vencedoras.
Cuando llegaron en aprieto vieran
á Acuña en la muralla: ya no puede
el duro choque resistir apenas
de los sitiados: menester le ha sido
frecuentes pugnas sostener homéricas
por no cejar. Padilla desmontándose,
«adentro», dice, y lánzase, en la diestra
fuerte llevando la terrible espada.
Suben por las escalas que estan puestas
él el primero, los demás le siguen,
y al enemigo intrépidos ahuyentan.
Nada los puede resistir: furiosos
entran la plaza, de ella se apoderan.
Sin poderlo evitar la infeliz villa
el rigor del asalto esperimenta.
A la federacion esta conquista
gran nombradía y crédito valiera.
La regencia tembló, nadie seguro
en Tordesillas ya se considera,
pues la liga pujante y poderosa
cada dia amenaza mas de cerca.
De Cigales y Ampudia fuertes villas

Padilla en breve tiempo se apodera,
de Torrelobaton tambien los muros
con prontitud á reparar empieza,
y clavada la vista en Tordesillas,
su conquista medita. Mas su estrella
hasta aquí tan feliz. de opacas sombras
de fulgores siniestros se rodea.
Ya no presenciará sino desastres,
disgustos solo que apurar le esperan;
pero siempre inmutable, fuerte siempre,
su gran valor, su corazon le quedan.
Impaciente el soldado comunero
por volver á su hogar, pide licencia:
no son tropas regladas, es milicia
voluntaria, y es fuerza concedérsela,
pues prometen volver en corto plazo.
Pero así en inaccion el gefe queda
sin poder realizar sus vastos planes.
Tampoco el contingente remitieran
varias ciudades, y Padilla aislado
sobre la defensiva se conserva,
lejos de acometer. Pero la plaga,
la mayor peste que á la liga aqueja,

la que minó sin duda sus cimientos,
causando su completa decadencia,
fué, sin titubear fuerza es decirlo,
la de los mediadores. Estos fueran
los enemigos fuertes, formidables
que antes que á los demas batir debieran
los comuneros. Con melífluas voces
y ademanes pacíficos, risueña,
bondadosa la faz, clavan aleves
á su gusto el puñal: no los arredra,
órden ninguna los contiene. Envueltos
en religioso manto que respetan
ambos partidos, por dó quier circulan,
todo lo espían, libres se pasean.
Ellos la duda, la desconfianza
adonde llegan sus discursos siembran:
apagan del soldado el entusiasmo,
y á los gefes alhagan con promesas.
«Los comuneros, dicen, son valientes,
una causa defienden justa y buena;
mas los horrores de la guerra acábense,
bastante han hecho ya. Piadoso el César
á sus hijos un tanto estraviados

dispuesto á perdonar siempre se encuentra.
Ademas ¿no es posible acomodarse?
¿un medio no ha de haber justo que pueda
conciliar los contrarios intereses?
algo los unos y los otros cedan
de su teson, y pronto una paz sólida
veremos en Castilla y duradera.
Aquí muy cerca está el benigno Adriano.»
El sanguinario con razon dijeran:
él fué quien lleno de furor sacrílego,
insano en el consejo propusiera
arrasar las murallas de Segovia,
y contra el pueblo usar de la violencia,
del último rigor. Luego se tuvo
de la piedad de Cárlos clara muestra,
cuando al año siguiente de Alemania
ya coronado emperador volviera.
¡Qué de horrores, suplicios y cadalsos!
pena de muerte cual traidor sufriera
Don Pedro Pimentel, que prisionero
quedára en Villalar. Igual sentencia
inícua egecutóse en cinco miembros
de la popular junta comunera,

y en los procuradores de Segovia
y de Guadalajara. Ahorcado fuera
públicamente Acuña, y en la cárcel
manda su magestad que abran las venas
á Don Pedro de Ayala infortunado
conde de Salvatierra. No se crea
que se les formó causa: no son hombres
los comuneros, son tan solo fieras.

Ni pacto con los nobles, ni convenio
es posible asentar: ellos quisieran
al pueblo conceder cierto linage
de libertad; mas condicion espresa
ha de ser la ecsencion de los tributos,
que solo los plebeyos pechar deban,
y los altos empleos del estado
conseguir solo pueda la nobleza.

Así el tiempo precioso consumióse,
logrando astutos su insidiosa idea
los regentes. La junta inadvertida
ajustára con ellos una tregua
que ya espiró. Llegára á Tordesillas
á la sazon con juventud guerrera
á reforzar su campo el condestable.

Haro se vió con suficientes fuerzas,
y al punto sale á presentar batalla,
la cual Padilla con razon no acepta,
pues aunque iguala al Conde en los peones,
éste en caballería le supera
y en cañones tambien. El toledano
ansioso aguarda ya con impaciencia
para salir impávido á campaña
los refuerzos pedidos que no llegan.
Viendo que el Conde de cercarle trata
en Torrelobaton, salir intenta
y retirarse á Toro: allí le es fácil
reunir los socorros que él espera,
y organizar sus tropas, de tal suerte,
que prontamente al Conde el rostro vuelva.
El veinte y tres de Abril (¡aciago dia!
dia de luto y horfandad y afrenta!)
antes que el alba á despejar viniese
del mundo aletargado las tinieblas,
Padilla comenzó la retirada.
Con gran sigilo á desfilar empieza
la infantería: siete mil peones
tal cual provistos de armamento cuenta.

Los ginetes detras á retaguardia
que son mas de tres mil. Él mismo cierra
la marcha con alguna artillería,
pero de poca monta. Le sintieran
los enemigos: cual solemne triunfo
la retirada entre ellos se celebra.
Muchos son de opinion que no es prudente
el lance aventurar, que solo atienda
á seguirlos el Conde y observarlos,
pero de acometerlos que se abstenga,
pues son fuertes aun, mas adelante
será posible con mayor certeza
su ruina consumar. ¡Cuál se precaven!
¡cuál de ellos temerosos se recelan!

Mas Haro temerario y arrogante
todo consejo tímido desecha:
fiado en sus ginetes, probar quiere
la fortuna en la lid, valiente ordena
que se ha de acometer á todo trance,
que todos al ataque se prevengan.
Carga por fin con ímpetu, sostienen
el choque con valor y con braveza
los comuneros; una recia lucha

y encarnizada con furor se empeña.
El eco de las voces, los clarines,
los escudos y lanzas que se quiebran,
los ayes del herido y moribundo
el aire en torno con pavor atruenan.
En todas partes dó el peligro crece
Padilla denodado se presenta,
y con su decision del enemigo
el empuje contiene y contraresta.
Al modo que bramando de corage
acude el toro bravo en la dehesa
á defender valiente sus cachorros
amenazados de feroz caterva
de carnívoros lobos. Ya durára
tres horas indecisa la refriega:
los comuneros avanzando siempre
en órden de batalla, vista dieran
á Villalar, famosa desde entonces,
pues en sus tristes campos pereciera
la libertad hispana. Deseando
vencer tan ostinada resistencia,
acometen por fin los imperiales
con desesperacion, con furia estrema;

si esta vez no consiguen la victoria,
necesario será que el campo cedan,
pues se hallan quebrantados. La fortuna
los favorece, pues en la derecha
empiezan á ciar los comuneros:
por allí cada vez mas los estrechan,
hasta que ya por fin romperlos logran,
y en grupos dividirlos. Ya disuelta
aquella formidable fuerte línea
de la caballería, sin defensa
los peones se ven, sobre ellos cargan,
y su penosa marcha triste y lenta
retardan mas y mas los imperiales.
Aquel infausto dia amaneciera
lluvioso y frio, por dó quier los campos
y los caminos el aspecto muestran
de impuro lodazal. No halla el soldado
parage dó la planta fijar pueda
sin que se hunda al instante; sin embargo
con firme pecho, con valor pelean.
Mas se hallan detenidos, rodeados
sin poder proseguir: en esto llegan
y fórmanse en batalla los peones

y artillería que furiosa truena
sobre los federados; el estrago
es espantoso. ¿Quién pintar pudiera
su desesperacion, su abatimiento?
no pueden resistir tantas miserias;
sobrecogidos de terror y espanto,
ven conjurada la naturaleza
y á los hombres tambien contra sus vidas.
Obedeciendo á la instintiva y ciega
ansia de conservarse, se derraman,
pierden su formacion, se desordenan;
y cada cual su salvacion buscando,
huye despavorido con gran mengua.

Incansable Padilla en la batalla,
luchando sin cesar la rota viera
que sufrieran los suyos, bien conoce
que es imposible ya restablecerla.
Cuando todos se entregan á la fuga,
él mejor que ninguno huir pudiera
y su vida salvar; mas ni un momento
cruzára por su mente aquesta idea.
Vuelto á los suyos, dice; ¡compañeros;
llegó ya nuestra hora postrimera,

ó vencer ó morir todos juramos;
y pues la suerte el vencimiento veda,
antes que ver la ruina de la patria,
ya morir con honor solo nos resta.
Libres hemos vivido: un comunero
es preciso tambien que libre muera.»
Al bridon aplicando el acicate,
y apellidando libertad, se arriesga
á romper los cerrados escuadrones
del enemigo atónito: su diestra
poderosa descarga fieros golpes,
la muerte y el terror siguen sus huellas.
Arranca de la silla con su lanza
al insigne vizconde de Valduerna,
atraviesa con ella á un escudero, (1).
y corre en busca de una muerte cierta,
ya que del triunfo no. Pero cercado
por todas partes, rotas y deshechas
lanza y espada, traspasado el cuerpo

---

(1). *Estos tres versos me los he encontrado hechos en la prosa de D. Francisco Martínez de la Rosa.*

de hondas heridas, dió consigo en tierra,
donde sus enemigos le aprisionan
y á otros gefes con él. De allí los llevan
á Villalar: aquella misma noche
les intiman de muerte la sentencia,
¡horrible crueldad! aun no repuestos
del estremo cansancio en la refriega.
¿Y forzoso será que yo relate
hasta su fin esta fatal tragedia?
¿Un medio no ha de haber que á mí me ecsima
de tan triste deber? ¡Ah! ¡cuál quisiera
por no llegar á la final catástrofe,
dejar aquí la pluma! Mas es fuerza
concluir de una vez, aunque mi pecho
se rompa de dolor, de angustia y pena.
La mañana siguiente ya en la plaza
erigido un cadalso apareciera.
Allí conducen entre fuerte escolta
tres hombres aherrojados: estos fueran
Padilla, Bravo y Maldonado, ilustres
víctimas cuya gloria será eterna.
Cierto imbécil sayon por el camino
vá publicando en voces altaneras

que por traidores son ajusticiados.
Al oir esto Bravo con viveza,
«Mientes, villano, dice: no traidores,
celosos del bien público dijeras,
y de la libertad los defensores.»
Magnánimo Padilla que le oyera,
volviéndose hácia él: «Señor Juan Bravo,
ayer, le dice, propio dia era
de pelear cual nobles caballeros;
mas hoy un breve plazo ya nos queda
de morir cual cristianos.» Ya llegados
á la infame picota, con patética
ternísima espresion Bravo suplica
que á él la muerte le den, antes que vea
morir al mas cumplido caballero
que quedára en Castilla: así se hiciera.
Despues sube Padilla; al ver tendido
el cadáver de Bravo, con tristeza
y profundo dolor, «Buen caballero,
¿Aquí estais vos?» esclama; luego ruega
encarecidamente á los verdugos
que pronto le degüellen; ya se aprestan,
ya un homicida brazo se levanta,

suena el hacha fatal. . . . .

. . . .

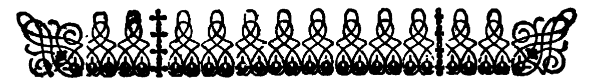
. . . .

. . . .

. . . .

. . . . cae su cabeza.

FIN DEL SÉPTIMO Y ULTIMO CANTO.



APÉNDICE.

Cartas de Padilla á su muger Doña María Pacheco y á la ciudad de Toledo su patria.

—

Aquí como en su lugar propio pondré á continuacion las dos cartas que escribió Padilla al amanecer del dia 24 de Abril de 1521 pocos momentos antes de salir para el lugar del suplicio, «que no pueden leerse, dice Martinez de la Rosa, sin acongojarse el corazon; una ternísima dirigida á su muger, *cuya pena le lastimaba mas que su muerte,* y

con un sentido recuerdo de su padre Pedro Lopez adelantado mayor de Castilla que siempre habia seguido la causa del rey Cárlos: y otra escrita á Toledo su patria con ánimo tan levantado y espresion tan valiente, que muestra la heroicidad de aquel caudillo ufano de la gloriosa muerte que le aguardaba.»

Carta de D. Juan de Padilla á su muger Doña María Pacheco.

Señora, si vuestra pena no me lastimára mas que mi muerte, yo me tuviera por enteramente bienaventurado; que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la dá tal, aunque sea de muchos llorada, si él la recibe en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas de vuestro consuelo; pero ni á mí me le dan, ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora,

como cuerda, llorad vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, hacedlo con ella como con la cosa que mas os quiso. A *Pedro Lopez* mi señor no escribo porque no me atrevo; que aunque fuí su hijo en osar perder la vida, no fuí su heredero en la ventura. No me quiero dilatar mas por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado *Sesa* como testigo de vista y de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta; y así quedo, dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.

Carta de Padilla á la ciudad de Toledo.

—

A tí corona de España y luz de todo el

mundo, desde los altos godos muy liberal. Á tí que por derramamientos de sangres estrañas como de las tuyas, cobraste libertad para tí y para tus vecinas ciudades, tu legítimo hijo Juan de Padilla te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha, y no en mi mala voluntad. La cual como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder por tí de lo que aventuro. Mas me pesa de tu sentimiento que de mi vida; pero mira que son voces de la fortuna que jamas tienen sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos morí por tí, y que tú has criado á tus pechos á quien podrá tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que contarán mi muerte, que yo aun no la sé, aunque la tengo bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo como patrona de la cristiandad: del cuerpo

no dispongo, pues ya no es mio; ni puedo mas escribir, porque al punto que ésta acabo, tengo á la garganta el cuchillo, con mas pasion de tu enojo, que temor de mi pena.

FIN.



HIMNO.

Los mártires de la Libertad.

CORO.

Ensalzad, ciudadanos los nombres
de los libres que mártires fueron,
y que muerte angustiosa sufrieron
en defensa de la libertad.

El primero ante todos Padilla,
generoso sin par, denodado;
luego Bravo, despues Maldonado,
juntos mueren allá en Villalar.

De Aragon defendiendo los fueros
sucumbiera Lanuza el preclaro;
y privado de apoyo y amparo
yace el pueblo en fatal horfandad.

CORO.

Ensalzad, etc.

Largos siglos en pos sobrevienen
de cadenas, de hierros y hogueras:
vénse solo ondear las banderas
del cruel despotismo feroz.
Y la España aherrojada, anhelante,
sin poder ecshalar ni un suspiro,
triste, muda, oprimida la miro
bajo el yugo de la inquisicion.

CORO.

Detestad, ciudadanos, su nombre,
ese nombre infernal, maldecido;
si ser puede se legue al olvido

el recuerdo del cruel tribunal.

Mas al fin se disipan las sombras:
á la España los buenos redimen,
y otra vez los tiranos la oprimen,
dando rienda á su crudo furor.
Lacy quiere salvarla, y perece
en Mallorca, y allá en la Coruña
Porlier sufre la suerte de Acuña,
espirando con noble valor.

CORO.

Ensalzad, etc.

Aun de nuevo la enseña gloriosa
de los buenos al aire tremola:
libre es ya la nacion Española,
mas muy poco gozó de este bien.
Entre muchos que víctimas caen
perseguidos á hierro y á fuego,
recordad á Landaburu y Riego
que en Madrid inmolados se ven.

CORO.

Ensalzad, etc.

Don Martin con valor muere en Roa,
y de Málaga bella los hijos
se estremecen al ver de Torrijos
y los suyos el cruento dolor.
Deploremos tambien el martirio
¡ó barbarie! ¡ó maldad inhumana!
de la fuerte y sensible Mariana
que en Granada cruel muerte sufrió.

CORO.

Ensalzad, etc.

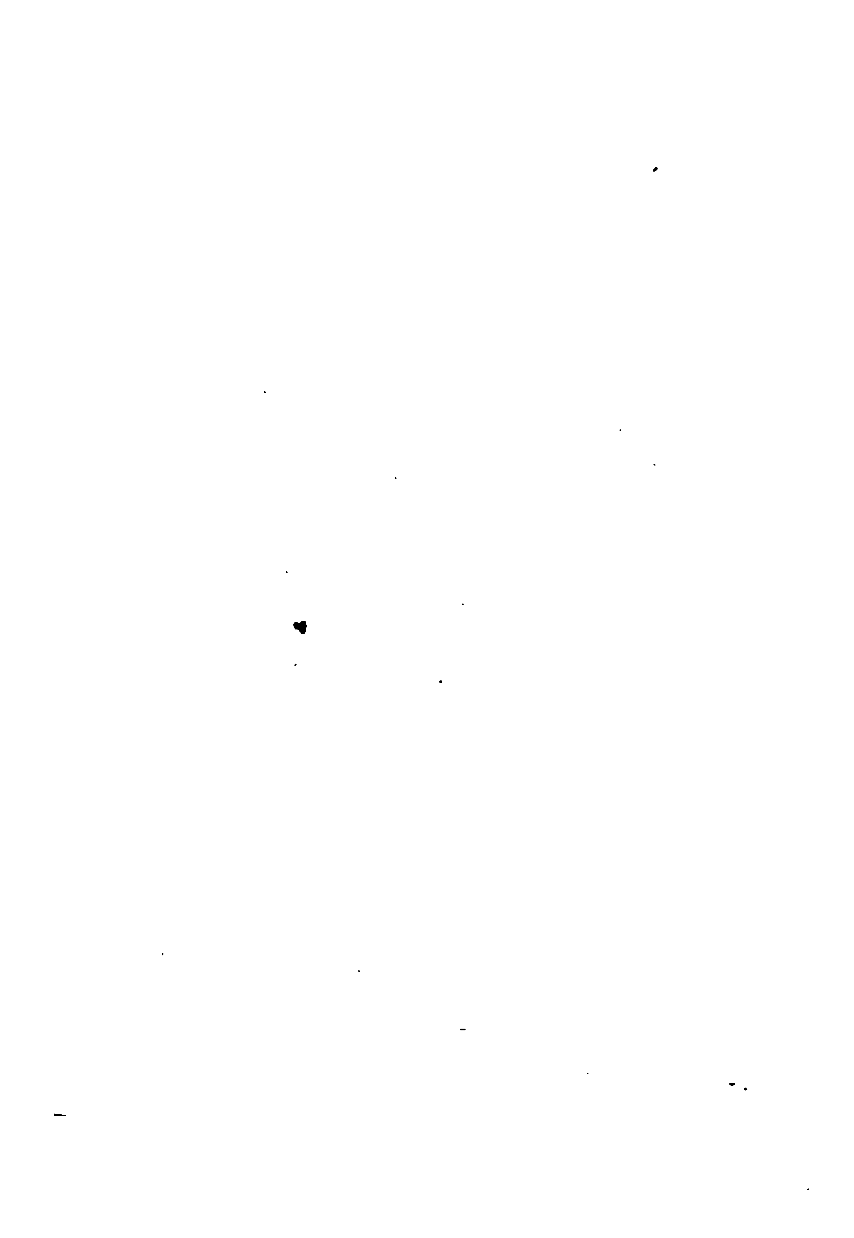
Ya la guerra civil se embravece,
á torrentes la sangre se vierte,
y entre el hierro, el furor y la muerte
destrozada la patria gimió.
Mas un hombre eminente se muestra

que á los buenos el triunfo asegura,
y su noble heroismo y bravura
una paz venturosa nos dió.

CORO.

Ensalzad, ciudadanos, su nombre,
de los buenos él es el primero:
decid todos que viva Espartero,
el caudillo de la libertad.

FIN.



ERRATAS.

Pág.	Lin.	Dice.	Léase.
21	21	sn	su
23	6	bastallas	batallas.
25	5	aperiencia	apariencia
30	14	perdieran	perdieron
37	21	ennmigos	enemigos.
41	15	iufeliz	infeliz.
43	3	venorable	venerable.
44	1	quebran	quebrante.
45	13	universalmenle	universalmente
46	23	temorosos	temerosos
47	22	naciou	nacion
50	15	coufuso	confuso
57	20	triunfo	triunfos
58	21	dictadnra	dictadura
70	8	prome	promete
77	17	mnerto	muerto
100	8	ne	no
136	19	junfa	junta
157	9	cual espectro	cual un espectro
188	18	pásmasen	pásmanse



ÍNDICE.

Canto 1.°

Invocacion á la Libertad y á las Musas. Visita de la Libertad á la Independencia su hermana en las montañas de Asturias. 5

Canto 2.°

Córtes de Avila. Discurso de apertura pronunciado por Padilla.. . . 35

Canto 3.°

Conciliábulo de la Inquisicion. . . 65

Canto 4.°

Mensage de Padilla á la reina madre doña Juana. 95

Canto 5.°

Desastre de Medina. Enojo de Padilla contra el obispo Acuña. 119

Canto 6.°

Destitucion de Padilla. Su marcha á

Toledo. Pérdida de Tordesillas. Fuga de Giron. Nuevo nombramiento de Padilla para general en gefe. . . . 149

Canto 7.°

Vuelta de Padilla. Toma de Torrelobaton por los comuneros. Batalla de Villalar. Muerte del héroe, de Juan Bravo y Francisco Maldonado. . . 179

Apéndice.

Cartas de Padilla á su esposa doña María Pacheco, y á la ciudad de Toledo su patria. 205

Himno.

Los mártires de la Libertad. . . 211



